

13ª Libroferia Encarnación

**ANTOLOGÍA DEL CONCURSO  
“JOVENES QUE CUENTAN II”**

**Encarnación, Paraguay**

**Septiembre de 2017**

## Créditos Editoriales

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.



### EDITORIAL DIVESPER

Kreusser e/ Honorio González e Independencia  
Nacional – Encarnación, Paraguay  
Teléfono: 595 71 205454  
email: editorial@unae.edu.py  
www.unae.edu.py

**Nadia Czeraniuk**, *Presidenta de la Comisión Organizadora de la Librería Encarnación - Dirección Editorial*

**Tania Schaefer**, *Coordinadora del Concurso “Jóvenes que cuentan II”*

**Mirtha Lugo**, *Secretaria de la Comisión Organizadora de la Librería Encarnación - Corrección y revisión del estilo.*

**Francisco Cantoni**, *Gestión de Publicaciones, diseño y diagramación*

Impreso por Impresiones Gráficas AGR  
Impreso en Paraguay – Printed in Paraguay

© EDITORIAL DIVESPER

Esta edición consta de 300 ejemplares  
Encarnación, agosto 2017

ISSN

# Índice

(Prólogo).....	1
PRESENTACIÓN.....	4
1 Un acto de amor .....	11
Guadalupe Monserrat Giménez.....	11
2 El alma de las estrellas .....	18
Erwin David Cueva Acosta .....	18
3 El curioso camino al trabajo .....	21
Guadalupe María Elena Rolón Ruíz Díaz .....	21
4 Un viaje inesperado .....	26
María Belén García Lezcano .....	26
5 Un viaje desconocido .....	33
Yamina Sofía Blanco Rodas.....	33
6 Sospechosa inocencia.....	39
Mercedes Verónica Gowdak Mancini .....	39
7 Dónde está el anillo.....	45
David Gamarra Benítez.....	45
8 Un último suspiro.....	51
María Jazmín Barrero Pereira .....	51

9	Mi último rayo de luz .....	57
	Lorena Elizabeth Burgos Sanabria .....	57
10	Escalera para la luna .....	62
	Rodrigo Daniel Espinoza Espínola .....	62
11	La tienda para mí .....	65
	María Florencia Cristaldo Alegre .....	65
12	Piribebuy .....	70
	Mathias Ezequiel Paredes Studenko.....	70
13	Un claro en el bosque .....	77
	Alvaro Gustavo Almada Vieth.....	77
14	El indio perdido.....	83
	Hansi Samuel Mohr Murawczuk.....	83
15	El paseo .....	85
	Natalia Verónica Segovia Riveros .....	85
16	La última página.....	91
	Débora Myriam Casco Ledesma .....	91
17	La vida .....	96
	Agustina Belén Castillo Giménez .....	96
18	Mi fiel amigo.....	100
	Lady Laura Báez Méndez.....	100
19	Prolongación de un Pensamiento .....	107

ANTOLOGÍA **JÓVENES QUE CUENTAN II**

---

Guadalupe López Báez .....	107
20-El papel colorido .....	112
Paola del Pilar Cabrebar Domenech .....	112



## **JÓVENES QUE CUENTAN II** (Prólogo)

### **Los cuentos reflejan mayor lectura y preparación**

El año pasado, el cuento ganador de la primera edición del concurso “Jóvenes que cuentan”, organizado en el marco de la 12ª Librería Encarnación, llegó desde la lejana comunidad de la Misión Yalve Sanga, de Boquerón (Chaco Paraguayo).

De un extremo a otro, el trabajo del joven Stefan Aguilera viajó hasta la ciudad de Encarnación, buscando un lugar entre los mejores escritos. Y lo encontró. El cuento de este joven autor, “La ciudad de los contrastes”, ganó el primer premio. Debido a la enorme distancia entre su hogar y el lugar donde se desarrolla la feria librera, no pudo asistir al acto de premiación, pero su presencia se hizo realidad a través de la emoción que generó en el público, los otros

ganadores, los organizadores del certamen y los miembros del jurado.

La edición 2017 del concurso, en homenaje al centenario del gran escritor paraguayo Augusto Roa Bastos, al quien está dedicado esta 13ª Libroferia, confirma una realidad que va cambiando para bien: los jóvenes leen mucho más que años atrás. Prueba de ello es la manera en que escriben, los temas que tocan, la forma en que abordan la presentación de sus historias y la construcción de los personajes, etc.

Coincidimos los miembros del jurado en la calidad de los escritos, en su espontaneidad y frescura, lo que nos llena de enorme satisfacción. “Los jóvenes” que cuentan de la actualidad, son escritores en crecimiento, que se preparan para crear grandes obras mientras van abordando temas sociales, espirituales, románticos y de otra índole.

Llegados de varias regiones del país, los trabajos presentados a este concurso le dan vida fresca a la literatura nacional y le brindan esperanza a la educación. Leer mucho

y escribir mejorando cada día, es parte integrante de la formación de los niños y jóvenes, que de esta manera mejorarán su forma de expresarse y sus conocimientos del idioma, además de adquirir una cultura general.

Nos embarga satisfacción y alegría el haber leído estos cuentos y seleccionar los mejores, para premiarlos y formar parte de esta antología.

**MILIA GAYOSO MANZUR**, Escritora y periodista, es miembro de la Sociedad de Escritores del Paraguay, del PEN Club y de Escritoras Paraguayas Asociadas (APA).-



Los premios son:

- Publicación en un libro: Antología "Jóvenes que cuentan", de los 20 mejores cuentos seleccionados, a ser presentado en el marco de la 13° Libroferia Encarnación.
- Equipos electrónicos para los 3 primeros lugares.
- Colección de libros para los 5 primeros lugares.
- Los finalistas recibirán el libro correspondiente a la Antología.

### SOBRE LOS TRABAJOS Y PARTICIPANTES

1. El tipo de cuento aceptado corresponde a la categoría de Cuentos Breves.

Temática y Extensión: El tema y la modalidad serán libres.

La extensión puede ser desde 1 a 5 páginas escritas en A4 con interlineado de 1,5 y tipo y tamaño de letra Arial 12.

2. Cada postulante podrá presentar un sólo cuento de tema libre, original e inédito (que no haya sido publicado en medios impresos o virtuales, salvo si fueran sitios de acceso restringido), que no haya sido presentado en otro concurso, o tenga cedidos o prometidos los derechos de edición y/o reproducción.

3. Los textos no podrán exceder los 7.500 caracteres con espacios.

4. No se aceptarán obras colectivas.

5. Podrán concursar escritores emergentes, de 14 a 25 años, con nacionalidad paraguaya. Es emergente quien no posea publicaciones reconocidas, aunque haya publicado ocasionalmente obras literarias. Para realizar la inscripción, se deberá rellenar un formulario web.

### SOBRE EL JURADO Y EL COMITÉ DE LECTURA

6. El Comité de lectura estará compuesto por aproximadamente 5 miembros relacionados con el mundo de la literatura y las artes. Será el encargado de la selección de hasta 20 trabajos finalistas, para ser evaluados por el Jurado. Los cuentos finalistas corresponden a los cuentos que formarán parte de una Antología a ser publicada en el contexto de la 13a. Librería Encarnación.

7. El Jurado estará compuesto por 3 (tres) prestigiosos escritores nacionales, quienes serán los encargados de definir a los premiados en primer, segundo y tercer lugar. Su fallo será inapelable, haciéndose público en el acto de Entrega de Premios y Encuentro Cultural que se realizará en el marco de las actividades de la 13a Librería Encarnación. Este jurado está compuesto por los escritores: René Ferrer, Feliciano Acosta y Milia Gayoso Manzur.

### PRESENTACIÓN DE LAS OBRAS Y PLAZOS

8. El plazo de presentación será desde la publicación de estas bases hasta el día 20 de junio de 2017.

9. Las obras se presentarán sin identificación de la persona autora haciendo constar el título de la misma y la categoría en la que participa. Acompañando a la obra y en sobre cerrado se incluirán los siguientes datos: Entrada generada por el sistema de inscripción Evenbrite y fotocopia de Cédula de Identidad.

10. Las obras serán enviadas en un documento del texto (Word), con la ficha de inscripción y la copia del Documento de Identidad al siguiente destinatario: [antologiaenc2016@gmail.com](mailto:antologiaenc2016@gmail.com)

11. El formulario de inscripción estará publicado en la FanPage de la Librería Encarnación.

DICTAMENES, DERECHOS Y PREMIOS

12. Dictamen: Se darán a conocer los cuentos que formarán parte de la Antología, en el mes de julio del 2017, mientras que los resultados del jurado se darán a conocer la semana de la 13° Libroferia Encarnación (6 al 10 de setiembre de 2016)

13. Cesión de Derechos: Los autores premiados, ceden los derechos de publicación de sus obras a la organización del Concurso, para su publicación en una Antología.

14. Cualquier punto que no estuviere estipulado en estas bases, será dirimido por la organización y los miembros del jurado.



ANTOLOGÍA  
**JÓVENES**  
QUE CUENTAN II

CENTENARIO  
DE ROA  
BASTOS





1

## Un acto de amor

*Guadalupe Monserrat Giménez*

Y la pobreza me obligaba y la tristeza me inundaba, pero la circunstancia no me dejaba seguir con eso, no era mi vida la que estaba en juego, era la de él, ¿Qué podía ofrecerle yo?, ¿Qué podía hacer yo, si ya tenía dos niñas y no podía con ellas? Hacerle sufrir a un ser más no me lo permitiría, entonces debí tomar una decisión. Tal vez sea triste y cueste pero yo deseo, como madre, todo lo mejor del mundo y lo mejor del mundo en ese momento no estaba en mí. Entonces tuve que dejarlo ir y así nació Tadeo Benjamín, con mucho amor de parte mía y de sus nuevos padres, con una tristeza gigante que a momentos se transformaba en alegría cuando me imaginaba viéndolo dar sus primeros pasos, escucharlo decir sus primeras palabras, sentir su abrazo, estar en sus momentos más importantes. Pero la situación no me lo permitía, sólo me obligaba a dejar ir una parte de mí, a sacar todo el egoísmo que llevaba dentro de mí y dejarlo volar, realizar un acto de amor, entregarle en brazos de quienes lo iban amar infinitamente y estar con él en todo momento. No voy a mentir; dolía y bastante. Era cruel, todo esto era cruel, pero ¿qué podía hacer? ¿Darle sólo mi amor? ¿El más puro? No, me di cuenta que llega la hora en que la pancita hace ruiditos, los llantos empiezan,

hay que alimentar pero muchas veces nada hay, ahí viene la desesperación, la impotencia y no sé qué hacer.

Su padre me abandonó y rumores dicen que se fue con otra, se olvidó de todo y me dejó con mis dos niñas y él en camino.

Así comienza mi historia tenía apenas 16 años cuando mis ojos vieron pasar por primera vez el amor, sentí la típicas mariposas en el estómago de las que todos hablan, él era perfecto ante mis ojos. Una tarde fui a la plaza del barrio a tomar tereré con mis amigas, hasta que alcé la mirada y lo vi pasar nuevamente, sentí como si mi corazón se hubiese parado, mis pupilas se dilataron, sentí algo extraño. Mis amigas se dieron cuenta al instante de lo sucedido, era difícil de ocultar, me preguntaron si lo conocía y obviamente mi respuesta fue que no, pero era cierto, no lo conocía, con esta, era la segunda vez que lo veía y lo que sentía era raro ni yo sabía que era.

Un mes después volví a la plaza, pero esta vez sola. El volvía a pasar y esta vez se detuvo y me habló. Sentí que la sangre se me subía a la cara y que mi voz no estaba de igual forma. Empezamos a hablar.

Continuamos hablando hasta el atardecer. Fue la primera de muchas charlas que tuvimos, yo me di cuenta que estaba enamorada. Al pasar unos meses empezamos a salir a escondidas porque mis padres no me permitían tener novio.

Cumplimos un año; para mí, él era lo mejor que existía. Ese mes no me vino mi periodo, no me preocupaba porque yo era de retrasarme, pero empecé a sentir malestares y todo coincidía, entonces me realice una test de embarazo y era lo que temía. Estaba embarazada con 17 años.

No sabía qué hacer, qué le diría a mi familia. Ellos no sabían de la existencia de Pedro. Sentí muchísimo temor, pero tenía que hacerlo, mi familia se debía enterar tarde o temprano. Fui junto a ellos y sin tanto preámbulo les conté todo. Sus reacciones no fueron buenas; lo que recuerdo fue que mi mamá se quedó callada, mientras que por su rostro corrían lágrimas; mi papá se enojó, empezó a gritarme sin cesar. Las palabras que se me grabaron en la mente fueron, “Me decepcionaste, jamás pensé que ibas a hacer eso”. Después de todo eso, me echó de la casa. Mamá no se opuso, no me quedo más otra cosa que hacer que recoger mis cosas e irme. Fui a la casa de una amiga, le comente mi situación y me dijo que vaya para allá; yo era consciente de que no podía estar en ese lugar muchos días. Esa tarde hablé con Pedro; le cite en la plaza donde nos conocimos, el al ver mi rostro me pregunto qué me pasaba, y le dije todo. Pedro no podía creer, se atajaba la cabeza y repetía esto no podía estar pasando, una y otra vez. Luego de unos minutos, me miró, dijo que no me preocupase que vaya a vivir con él, que se hacía cargo de todo. Me sentí protegida, me sentí amada, eso era todo lo que yo quería escuchar.

Pasaban los meses, todo era perfecto, íbamos a nuestros controles, íbamos a tener una nena.

Lucero Milagros nació con 3800kg, era blanca de labios y nariz finita igualita al papá, Pedro quedó enamorado de su hija y yo también.

Llevábamos una vida normal, éramos muy felices. Cuando Lucero tenía tres meses volví a quedarme embarazada, pues nosotros no nos cuidábamos a la hora de tener relaciones. Le conté a Pedro y no le agradó tanto la idea porque teníamos ya muchos gastos, solo él trabajaba y con un bebe más, la situación se tornaba difícil pero

continuamos con el embarazo; íbamos bien. Nació nuestra segunda hija Paula Valentina; ella se parecía a mí. Pedro se volvió a enamorar de su hija y todo marchaba bien en nuestras vidas. No voy a mentir, no teníamos lujos, a veces no alcanzábamos el mes pero seguíamos en pie y lo más importante de todo es que nos amábamos demasiado. Pedro era el hombre con el que soñé toda mi vida.

Pasaron dos años; Pedro consiguió otro trabajo, los dos estábamos muy felices, era una nueva oportunidad para mejorar nuestra calidad de vida y darles todo lo mejor a nuestras niñas. Pasó un mes y Pedro estaba raro, se volvió indiferente, llegaba tarde a casa con excusas de que estaba trabajando, no se preocupaba por las niñas y mucho menos por mí, en varias ocasiones llegó borracho, trataba de reclamarle pero a cambio solo recibía insultos de su parte. Yo no daba más, estaba muy triste por todo lo que estaba pasando, no lograba entender. Para darme consuelo, un raro consuelo, me culpaba a mí, yo creía que era muy densa con él por eso accionaba de esa manera.

Una noche llega de vuelta tarde a casa, estaba muy borracho, yo empecé a reclamarle de porque cambió tanto, empezamos a discutir, él me gritaba, me insultaba, y en una de esas me pega, me da una cachetada que me tumba en el piso. En ese momento perdí la noción de todo, no entendía lo que pasaba, me dolía todo mi cuerpo, me retumbaba la cabeza, me ardía la mejilla pero lo que más me dolía era el corazón, estaba decepcionada, no paraba de llorar, para cuando tomé fuerza y pude levantarme él ya no estaba, se fue y no sabía a dónde.

Esa noche no logré conciliar el sueño fácilmente, eran muchas cosas juntas, eran muchas preguntas que venían a mi cabeza, no

sabía qué hacer lo único que hacía era llorar y una vez más culparme por lo sucedido.

Al día siguiente aparece Pedro, quería hablar, explicarme lo que pasó, hablamos le escuché pero no pude perdonarle. La herida era grande, me pegó y encima de todo, me dejó ahí tirada y se fue, su excusa era que había tomado mucho también que se puso nervioso porque no le gusta que se le reclame y varias excusas más que ya no las quise escuchar.

Una semana después Pedro volvió a pedirme perdón, me dijo que ya era hora de que le perdone, que lo que pasó ya no volvería a pasar, que me amaba demasiado, que era todo para él. Le creí, le perdoné. Esa noche estuvimos juntos después de tantos meses de no haber estado. Pedro volvió a ser él o eso parecía.

De nuevo tenía un retraso y ya sabía lo que significaba eso devuelta estaba embarazada. Como todo iba bien entre nosotros, él tenía un buen trabajo no sentí miedo pero sí decepción de mi misma, era muy joven e iba ya por mi tercer hijo. Esa noche le conté a Pedro que estaba embarazada, estaba emocionada por ver su reacción pero al final la reacción de él no fue la que esperaba, me gritó, me dijo que ese niño no iba a nacer y se fue. Sentí demasiada tristeza, comencé a llorar hasta que me quedé dormida del cansancio. Al otro día vuelve Pedro, pero no me habla, ignora todo tipo de acercamiento de mí parte. Recuerdo que tomó algunas de sus cosas las colocó en una mochila, llamó a las niñas, a cada una les dio un beso en la frente, me miró, me dijo que iba al trabajo, abrió la puerta y se fue. Nunca se me pasó por la mente que esa iba a ser la última vez que lo iba a ver.

Le espere esa noche, no volvió. Al día siguiente tampoco volvió, ya estaba muy preocupada. Agarre a las nenas y fui hasta su trabajo,

al llegar y preguntar por él me dijeron que hacía una semana que ya no iba a trabajar. Empecé a llorar, Pedro me mintió y también me abandonó con mis hijos.

No sabía qué hacer, en casa ya casi no quedaba comida y el hambre no esperaba. Al tercer día desde que Pedro se fue, ya no había nada en la heladera, le pedí ayuda a mi vecina, nos invitó algo de comida y nos trajo algunas cosas. Esa tarde estaba desesperada, no se me ocurrió otra cosa, le llame a mi mamá. Al salir de casa perdí todo tipo de contacto con ella, me atendió el teléfono y con mucha vergüenza le comenté lo que sucedió. Lo único que me respondió fue que así como fui tan valiente para meterme con un tipo y tener tantos hijos lo sea ahora para mantener a mis hijos, que ella no iba a ayudarme. Eso me partió el alma, esa noche volví a llorar tanto y se me ocurrió la idea de dar a otra familia el bebé que venía en camino. Yo era consciente de que no le iba a poder dar a esa criatura un futuro mejor, que no iba a poder mantener 3 criaturas yo sola, me sentía incapaz. Toda una semana pensé en eso; al final llegué a la conclusión de que era lo mejor que podía hacer por él bebé. Ese día llamé a mi amiga la que una vez me recibió en su casa y le conté todo, todo lo que me había pasado también le dije sobre la decisión que iba a tomar y si podía ayudarme. Me preguntó si estaba segura de lo que iba a hacer, le respondí que sí, entonces dijo que me iba a ayudar. Esa misma tarde me volvió a llamar y me comentó de una pareja que quería adoptar un bebé, ellos me querían conocer. Fue así que en esa semana conocí a los padres de mi hijo, llegamos a un acuerdo de que ellos me ayudarían con el embarazo y al nacer yo les daría a mi hijo con la condición de que ellos le pusieran de nombre Tadeo Benjamín. De esa manera sucedió que Tadeo Benjamín fue con otra familia, una parte de mí le acompaño.

De todo esto ya han pasado 20 años; nunca más supe de Pedro, y nunca más supe de Tadeo Benjamín. Hasta ahora lloro su ausencia. Ese fue el acto de amor más grande que hice, me despojé de mi egoísmo y dejé volar a mi hijo un mundo mejor que yo no podía ofrecerle.

## 2

### El alma de las estrellas

*Erwin David Cueva Acosta*

¿Te gustan las estrellas? ¿Qué crees que son?  
*“Pedazos del diario de mi abuela tirados en un baúl, los encontré y empecé a leer”.*

Me llamaban Frede, tenía 20 años; una chica pensativa y discreta. No me preocupaba por ser la más pizpireta, pero en ocasiones solía ser complaciente y afable que lanzaba a todos un cariño de “buenos días”, me gustaba dibujar y lo hacía con mucha pasión cuando se trataba de paisajes del cielo.

En las noches de verano salía a caminar constantemente, a veces sola o con hermanas. Iba para observar la luna y las estrellas ya que me hacían volar en pensamientos geniales y extravagantes. Aunque esa noche del día sábado 14 de diciembre de 1940 desperté como a las once de la noche.

Lo recuerdo muy bien. Abrí los ojos, me sentía un poco confundida y mareada, no entendía bien lo que ocurría. Miré por la ventana y el cielo parpadeante cruzado por relámpagos histéricos que impulsaba a los truenos una y otra vez, me

parecía bastante raro ya que la sensación de calor era sofocante.

Giré el pestillo de la ventana para abrirla, saqué una mano y las gotas que caían sobre ella eran tibias.

—¿Qué es esto? pensé.

De pronto a lo lejos veo unas pequeñas luces desintegradas y una inmensa cantidad de vapor que ascendían al cielo. Estaba sorprendida, no era algo que podía describirlo tan fácilmente, me limpié los ojos con el puño de una mano para ver con más claridad, me pinché un brazo y no estaba soñando.

Abrí la puerta sigilosamente para no despertar a nadie y salí corriendo a echar un vistazo, fue imposible creerlo pero la lluvia era cálida, no quemaba, pero lo sentía perfectamente en la piel. No se distinguía nada por aquel camino estrecho, sólo las luces que producían los relámpagos me ayudaban a visualizar, tropecé varias veces pero no importaba, solo seguía las luces y el vapor.

Al llegar a aquel lugar, penetré, sin pensarlo dos veces, el gran globo de vapor. En el centro se encontraba una fosa con un panteón tumbado en ella. Quedé inmóvil, el miedo me recorría por todo el cuerpo, una alucinación total como si el mundo se hubiera detenido.

Aquellas luces salían de ahí abajo y una nube inmensa de recuerdos se me asomaba en el rostro, momentos de alegría, miedo, tristeza, soledad y miles de emociones se podían observar, pero de todo esto se destacaban memorias de una guerra terrible y espantosa, en donde un hombre luchaba por

defender una tierra árida. Pasó todo muy rápido, miré al cielo y las nubes se habían dispersado, las luces se unificaron convirtiéndose en una estrella muy brillante.

Pasaron décadas y aquel eterno resplandor jamás se apagó.

### 3

## El curioso camino al trabajo

*Guadalupe María Elena Rolón Ruíz Díaz*

Eran las 06:00 am. Empezaba mi día camino al trabajo, todavía faltaba una hora para la entrada así que me detuve en la plaza por unos momentos.

Y de pronto los vi; cruzando la calle, si, ¡eran ellos! Como todos los días a la misma hora.

Recuerdo que en principio los comencé a observar por curiosidad o tal vez porque eran prácticamente los únicos que cruzaban la plaza a esa hora, pero con el tiempo, se volvió una costumbre.

Eran tres, un niño y dos niñas. Por como lucían supuse que el mayor era Ati (lo nombré así porque en las veces que me crucé con ellos oía a sus hermanas decir su nombre pero como iban demasiado rápido nunca pude escucharlo claramente, tal vez se llamaba Mati o Dani; hasta ahora no lo sé). Los tres tenían algún parecido pero, a la vez, eran completamente distintos. Como no sabía nada de ellos, decidí ponerle un nombre a cada uno. A la hermana más grande, la nombré Mar, porque su rostro me transmitía la calma y la serenidad que te transmite el Mar y a la menor la nombre Pipi porque el color de su pelo y su cara tan pequeña me recordaba a un pollito que tuve cuando era pequeña.

Los tres llevaban uniforme escolar y lucían impecables, sus pequeñas camisas sin una sola arruga y sus zapatos estaban relucientes. Cuando los miraba me decía a mí misma:

—Cuando tenga hijos los voy a vestir como esa mamá viste a sus hijos; bueno, en ese momento y por lógica o deducción pensé que era su madre la que los mantenía tan prolijos.

Ati siempre las tomaba de la mano y yo sentía, por la forma en que ellas lo miraban, que él las cuidaba mucho y era para ambas alguien increíble; cada vez que nos cruzábamos ellos iban riendo o charlando pero no recuerdo haberlos visto con mala cara o fatigados por ir a la escuela y eso llamaba aún más mi atención.

—¿Cómo era posible que tres niños que no superaban los 10 años fuesen tan responsables? La calle a esa hora estaba prácticamente vacía y eran pocas las personas que ya se ponían en marcha para comenzar el día, el amanecer apenas estaba llegando a su máximo esplendor.

—¿Por qué iba yo tan temprano al trabajo? Tal vez, porque disfrutaba ver el alba; es la mejor hora para ver el sol brillar al máximo. Sin embargo, la verdadera pregunta es:

—¿Por qué ellos iban tan temprano a la escuela?

Era una pregunta que siempre me hacía porque si los adultos llegamos con demasiada antelación a algún lugar la mayoría de las veces es porque esperamos algo; un ascenso, vamos a una entrevista, o nos ahorramos filas en ciertos lugares y así, por un sinfín de motivos. Pero todo tiene un por qué, una explicación, un motivo. Es como que si no existiese recompensa no haríamos el

trabajo, y eso era lo que hacía que me cuestionara sobre aquellos niños.

Me preguntaba días tras día, ¿Por qué no veía a más niños yendo así de temprano a la escuela y sin quejarse? Recién comenzaba a ver otros niños camino a la escuela pasada las 06:30; a algunos los acompañaban sus padres y otros iban solos; eso era algo normal para mí. Sin embargo, lo que verdaderamente me llenaba de intriga y curiosidad eran Ati, Mar y Pipi.

Pasaban los días, llegaban las 06:00, caminaba al trabajo todos los días y casi obligatoriamente -diría yo-, ahí estaban, los tres, cruzando la calle, puntuales como nadie más. Sin importar si el clima estaba bien o mal, ahí estaban ellos emprendiendo su aventura camino a la escuela.

Un día salí a buscar mi almuerzo, llegue a casa y los vi de vuelta, cruzando la calle, volvían de la escuela y, como cabía esperarse, iban tomados de la mano. Me quedé un buen rato observándolos y en eso, me percaté de que entraron a una casa ubicada, más o menos, a una cuadra de la mía.

Al día siguiente, como a las 05:00, yendo a hacer ejercicios vi que las luces de aquella casa ya estaban encendidas. La curiosidad invadió mi ser, una vez más, así que me asomé y miré por la ventana.

Pude ver una mesa redonda con el desayuno servido, permanecí allí unos minutos, esperando ver a la mujer, que para mí era, ya, un ejemplo por la forma en que mantenía impecables a sus hijos.

De repente vi que alguien se acercaba, me oculté mientras pensaba:

—¿Será parecida a Ati?, ¿o tendrá algo de Mar o Pipi?, seguí observando y ¡Bum! — ¡La sorpresa que me llevé!

En un rincón de la sala pude verlo a él y mi predicción no falló, tenía un poco de los tres; sus ojos y sus cabellos eran oscuros y su porte era impecable, lucía joven, pulcro y estaba muy bien vestido, eran las 05 de la mañana y ya lucía impecable; pero no era su madre como me había imaginado, era su padre ¡Y eso me pareció fascinante!

En todo ese tiempo asomada a la ventana pude ver los uniformes listos y colgados en perchas, él lustraba los tres pares de zapatos hasta que quedaran relucientes, como si ir a la escuela fuera el mayor evento de gala al cual debían asistir sus hijos.

Sirvió el cocido en tres tazas, colocó el pan en la panera y encendió su radio, escuchaba música paraguaya y acompañaba el ritmo con silbidos; lucía feliz y no fatigado, tal como lucían sus hijos.

Di la vuelta y continúe con mis ejercicios; cuando volví a pasar por su casa observé como después de terminar el desayuno que él les había preparado, los tres le dieron un abrazo de esos que reconfortan el alma, se despidieron y él les dijo:

-Responsabilidad y puntualidad ante todo.

Y ellos respondieron lo mismo; parecía ser que esa era su frase cómplice.

Aquel día, aquellos niños y aquel hombre quedaron grabados en mi corazón y fue en ellos que comprendí que los hijos somos el reflejo de nuestros padres y lo que vemos que hacen o dicen lo

tomamos como un gran tesoro y lo llevamos a la práctica a lo largo de nuestra vida.

Ese día, encontré la respuesta a la situación que tanta curiosidad me daba. Entendí por qué iban tan temprano a la escuela, por qué lucían impecables; por qué se veían felices y eran tan responsables, no necesité palabras ni nadie que me lo explicara, solo observé y todo cobró sentido.

Aquellos tres niños eran el reflejo de aquel hombre. Entendí, cómo en la vida las palabras sobran cuando el ejemplo lo es todo.

No los conozco, pero si pudiera decirles algo, hoy, después de tanto tiempo, les diría ¡gracias! Gracias por recordarme la importancia de la responsabilidad y de los valores en la familia, espero que donde sea que estén, continúen siendo un ejemplo y continúen inspirando a más personas con su vida.

4

## Un viaje inesperado

*María Belén García Lezcano*

—Vuelvo en un rato, Nath —digo cerrando mi mochila y dejándola en el suelo. Veo de reojo a mi amiga ponerse una chaqueta de cuero negra; está feliz debido a nuestro primer vuelo juntas.

Me dirijo al baño y saludo a una de las azafatas que me mira sonriente. Admiro el trato de estas personas, están sonriendo todo el tiempo.

Ingreso al pequeño recinto con mi bolsa y me pregunto por qué el sanitario tiene un espacio tan limitado. Abro mi bolso y lo primero que hago es recogerme el cabello en una cola de caballo alta.

Escucho un poco de ruido afuera pero me parece bastante normal hasta que alguien golpea la puerta del baño repetidas veces.

—Ocupado —suelto un poco molesta por su insistencia. El individuo deja de golpear y me calmo quitando mis cosas de mi cartera, preparándome para una rápida limpieza facial.

Comienzo, cepillando mis dientes. Continúo la limpieza facial utilizando un desmaquillante bifásico en todo mi rostro.

Rápidamente, me lavo el rostro aplicando un jabón limpiador y masajeo mi cara, evitando el área de mis ojos. Remuevo el jabón con el agua fría y seco mi rostro con una pequeña toalla de mano. Me coloco un tónico facial en todo mi rostro y parte de mi cuello.

Vuelven a tocar la puerta y me gritan que salga del baño. Genial.

Arrojo todas mis cosas en el bolso y salgo de inmediato. Dejo la crema hidratante para después, ya que no me da tiempo para aplicármelo.

La azafata me dice que el avión va a despegar pronto y me doy prisa para llegar a mi lugar asignado y colocarme el cinturón de seguridad.

Busco el asiento 6F y lo localizo, pero Nath no está aquí. ¿Me he confundido quizás? Jamás. En el 6D sigue la señora con la colorida bufanda a crochet, pero en el asiento 6E está una muchacha rubia y pálida que sin dudas no es Nathalia. Que alguien me explique qué está pasando aquí.

—Siéntese —ordena amablemente la azafata y me apresuro digiriendo el hecho de que Nathalia no está a mi lado. Meto con rapidez mi bolsa en mi mochila y trato de hablar.

—Una pregunta, ¿dónde está la pasajera que estaba a mi lado hace unos minutos? —le pregunto a la aeromoza, abrochándome el cinturón de seguridad.

—Hubo un overbooking...

—¿Over qué? —no dejo que termine de hablar y ya sé para donde va. No puede ser posible.

—Overbooking es cuando la compañía aérea vende más plazas de las que tiene el avión y, por lo tanto, no pueden embarcar a todos los pasajeros. Es por eso, que la pasajera tuvo que salir del avión.

— ¡No! Es que yo vine con ella y...

—Es una pena, porque ya estamos a punto de despegar. Tú tranquila, que ella ya estará en camino a uno de los mejores hoteles de la ciudad. Su vuelo saldrá mañana en la mañana.

Se aleja y se dirige al fondo, porque ya está sonando el aviso del piloto que dice que el avión ya va a despegar, pero a mí ese aviso me tiene sin cuidado.

El avión avanza lentamente.

No puedo creer que esto esté pasando. Tantos años planeando este viaje juntas para que la echen del avión. Tanto trabajo para que la quiten de ese lugar que ella misma reservó... ¡No puede ser! Estoy enojada por el hecho de que ella no esté aquí conmigo y podamos disfrutar de este vuelo.

Entro en pánico y desespero. Ahora, ¿cómo hago para ir a la otra puerta de embarque y tomar el segundo avión sin perderme? ¿Cómo hago cuando llegue a destino y tenga que tomarme un taxi yo sola en busca del hotel?

Es mi primera vez en un avión y ni siquiera lo estoy disfrutando.

Al fin despegamos, después de unos minutos que parecieron durar una eternidad. Miro por la ventanilla y no puedo evitar emocionarme aunque sea un poquito. Siento una presión en el estómago, sensación producida por el hecho de volar. Veo las

Luces de la ciudad por mi ventana y es una de las mejores vistas que he tenido en los últimos tiempos.

Pienso en positivo y espero poder llegar bien al hotel.

Luego de un rato pido una manta a una azafata porque me estoy congelando. Nadie me dijo que iba a hacer frío. Me cubro con la manta y trato de dormir un poco, el vuelo dura como unas seis horas y tengo que descansar.

—Despierta, elegí el desayuno para ti —Una voz me despierta. Y no, no es la voz de Nath. Es la voz de la chica rubia que me indica que yo no había tenido una pesadilla. Es real. Nathalia no está conmigo.

Frutitas, pan, algo que parece ser mantequilla, yogur, crepes y un vaso de jugo están prolijamente ordenados en una bandeja frente a mí.

—Gracias —suelto secamente a la usurpadora de sillas y me estiro un poco en mi lugar.

—No hay de qué. Pedí el combo de crepes, espero que no tengas problema con eso —habla y me mira con una sonrisa de lado.

—Está bien, ¿gracias...?

—Mi nombre es Priscila, un gusto —se presenta mirándome de reojo, está untando mantequilla al pan.

—Soy Gisselle —saludo empezando a quitar el envoltorio a los cubiertos. —Me estoy muriendo de hambre —añado, comentario que le hace gracia.

Mientras desayunamos, me pregunta de dónde vengo y si es que me quedaré en Panamá o tomaré el segundo avión para Miami. Le contesto que voy a Miami y ella me cuenta sobre un desfile de modas en el cual participará cerca de la calle peatonal Lincoln Road, un centro comercial muy famoso en Florida. Me recomienda algunos lugares para visitar como tiendas, marcas, restaurantes, cafés... Conoce Miami Beach como la palma de su mano.

Se ofreció a ayudarme cuando lleguemos a destino ya que saqué a colación el hecho de que es mi primera vez fuera del país.

Priscila fue de gran ayuda a la hora de embarcar al segundo avión. Diría que el proceso fue rápido y sencillo.

Esta vez nos toca sentarnos separadas, ella está ubicada en uno de los últimos lugares y yo estoy como en el medio, siendo el ala del avión lo único que alcanzo a ver. Lastimosamente, no me tocó ventanilla esta vez.

Decido mirar una película en las casi tres horas de vuelo. Luego de un tiempo, completo un formulario que es para la entrada al país, según explicó la azafata.

Cuando el piloto da el visto bueno, los pasajeros ya están haciendo fila india para salir del avión. Espero a que Priscila esté más cerca y luego me coloco en la fila. Este proceso me resulta un poco tedioso a decir verdad.

Una vez fuera del avión, me impresiona lo grande que es el aeropuerto. Sin Priscila yo me hubiese perdido y estaría en el borde de una crisis existencial.

Cuando ya pasamos por la aduana, recogemos las maletas mientras pensamos en almorzar dentro del aeropuerto. Me comentó que hay varios lugares de comida muy buena aquí.

Comemos en Subway y ella me cuenta todo sobre su último viaje a París. Esta chica sí que recorrió el mundo.

Aprovecho el Wifi para conectarme y escribirle a mi familia y por supuesto a Nathalia. Encuentro un mensaje de ella diciendo que llegaría hoy a medianoche. También me dice que no me preocupe por ella, que lo va a manejar bien y espera que yo también lo haga. Si supiera que una desconocida con el alma bondadosa está actuando de ángel de la guarda, no se la creería.

Al salir del aeropuerto, tomamos un taxi juntas, ya que Priscila quiere estar segura de que yo llegue bien al hotel, así que vamos directo al Best Western Rewards, donde la propia Nath reservó el cuarto.

En camino al hotel, escuchamos salsa y para sorpresa mía, la emisora es en español.

Observo con detenimiento por mi ventana, admirando cada paisaje y guardándola en mi memoria a la bella ciudad de Miami. Estoy más que segura que voy a disfrutar cada segundo de este viaje.

Miro a la muchacha que está a mi lado y creo que ya es la hora de agradecer.

—Estoy tan agradecida de que hagas todo esto. ¡Es que eres tan buena conmigo! ¡Muchísimas gracias, en serio! Yo sé que no cualquiera se ofrecería a ayudarme —aseguro feliz de tenerla aquí.

—No hay de qué. Gracias a ti por la compañía... Solo Dios sabe lo mucho que odio viajar sola —expresa dándome un abrazo.

Luego de un rato, el conductor indica que ya llegamos al hotel. Le dejo dinero a Priscila y ella rechaza.

—Esta vez pago yo, pero mañana me debes prometer que comprarás un regalito para mí —reitera sin agarrar el dinero.

—Está bien, nos vemos mañana —afirmo saliendo del coche.

—Claro, estaremos en contacto. Ve preparando algo para el desfile. Espero que Nathalia y tú puedan pasar a verme—murmura despidiéndose con la mano.

—¡Estaremos ahí!— exclamo con maleta en mano, despidiéndome sonriente.

5

## Un viaje desconocido

*Yamina Sofía Blanco Rodas*

Todo inició cuando un niño se hizo la pregunta de cómo sería el mundo desde otro punto de vista.

¿Qué pasaría si todos tuviéramos la misma cosmovisión?

—Mira el niño está hablando con sus amigos imaginarios... — dice Coddy uno de los compañeros de Peter.-

—¡Déjalo en paz! — le ampara Nina, su mejor amiga. —¡Por qué no van a molestar a sus hermanos!- exclama alterada.-

Peter se retira cabizbajo y va a su lugar de “desahogo” como le decía él. Era un lugar apartado de los demás estudiantes, un lugar donde el sol podría ingresar sin problemas, donde una lobreguez perfecta daba frescura a su mente y cuerpo, donde daba lugar sin límites a su imaginación. Ese lugar era bajo el árbol añejo y tupido que poseía la institución.-

Se ponía a pensar en un mundo donde todo era a su gusto y beneficio. Se hacía preguntas y Gus las contestaba.

—¿Por qué no todos podemos ver al otro tal cual es?

—Porque sería aburrido, ¿no lo crees?

—¿Por qué somos tan fáciles de persuadir?

—Porque perseguimos las preferencias actuales por naturaleza, cuando hacemos algo fuera de nuestro propio yo y nos dejamos llevar.

—Entonces... ¿Todos somos iguales?

—No, no todos.

—Hay tantas cosas que me gustaría entender, pero qué chiste tiene comprenderlo todo.-

—La vida tiene niveles, y como en los juegos, no puedes saltarlos, debes dar un mínimo y un máximo de ti para poder comprender tus triunfos y fracasos.

Era hora de volver a casa y Peter esperó a ser el último para no toparse con los demás. Sale con desventaja, saluda al guardia con la cabeza y se retira con suma tranquilidad desanudando sus auriculares, eligió uno de sus álbumes.-

Él siempre decía que una buena música era la compañía perfecta para una caminata larga. Mientras iba ocupado con sus auriculares, se percata que había tomado el camino equivocado y que no sabía dónde se encontraba.-

No era un lugar desagradable. Tenía arboles grandes y de un verde vivo, muy vivo a decir verdad. El césped era igual de verde que las hojas de los árboles. El cielo totalmente celeste y el sol que resplandecía más de lo normal, los pájaros coreaban y hasta parecía que relataban cotilleos muy acuosos.-

Se acerca a un banco y se sienta a observar todo, ningún detalle pasaba desapercibido por su atenta mirada que viajaba de un lado al otro. Decide sentarse en el césped. Al poner sus manos sobre el

suelo nota que son más suaves de lo normal, tan suaves como una pluma; incluso daba la sensación de estar tocándola.-

Se acuesta, cierra los ojos y reflexiona sobre cómo pudo parar en aquel lugar. No, no había forma que pudiera haberse equivocado de camino. Se vuelve a levantar y observa que las hojas que se encontraban en el suelo eran de color marrón, estaban viejas, pero las hojas de arriba estaban verdes.

Siguió recorriendo y encontró otra anomalía, cada banco era de un color diferente y cada uno tenía un cartel atrás con una palabra. En la que se había sentado decía “Fortaleza”, el que era de color azul decía “Capacidad y Habilidad”, el rosado “Lealtad”, el amarillo “Sabiduría”, el rojo “Amor y Paciencia”, el celeste “Integridad”, el lila “Decisión” y el último, que era de color negro, decía “Tiempo”.-

Se sentó en el último banco y se puso a reflexionar sobre cómo haría para salir de aquel lugar.-

—¿En serio te vas a poner a pensar cómo salir de aquí? si la respuesta es fácil.- le dijo Gus.

—¿Fácil? ¡Cómo que fácil!

—Piensa en cada palabra

—Lo hizo, pero no concebía ninguna idea.

—A ver, la vida tiene misterios, ¿no?

—Sí, pero no entiendo que tiene que ver eso con las palabras y qué cosa debo razonar.

—Retrocede al primer banco- “Fortaleza”. -¿Realmente la necesitas?- Le cuestionó Gus a Peter.

—Supongo que sí.

—En verdad, si la necesitas, si demuestras fortaleza en tu postura.

¿Qué puede cambiarte?-

—Entonces con Capacidad puedo demostrar mi talento y lo que puedo lograr, y con Habilidad soy capaz de cumplirlo.-

—Vas bien, Peter-. Lo alentó.-Ahora, Lealtad. ¿A quién o a qué la debes?

—A mis principios, mis ideas, mis valores. A mí mismo...

—Peter suspiro y todo le fue más fácil deducir.

—Lealtad a mi yo, a mi forma de ser y a mis principios puestos y adquiridos, a todo lo que creo y debo dar fervor.-

—Exacto. Vas entendiendo poco a poco el sentido de la vida.-

—Sabiduría, me ayudará a entender los hechos y las situaciones que se me presenten en mi sendero. Amor a lo que hago por los demás y por mí, me guiará para poder ponerme en el lugar del otro y tratar de actuar con tolerancia y respeto. Paciencia para poder seguir a pesar de las circunstancias que puedan hacerme descender.-

—Me gusta como piensas, sigue así Peter.- volvió a animar Gus.

—Integridad a mi persona y así poder optar por una Decisión correcta en el momento correcto.-

—Bien, bien, vas muy bien. Este último y listo—. declaró Gus

—Tiempo...- dijo al aire y se aventuró a pensar.

—El tiempo es un gran filósofo, un componente esencial, una pieza mágica que puede remediar sucesos o puede desplegar oportunidades.- Gus quiso ayudarlo.

—Humm...- dijo Peter. El tiempo ayuda a disipar las contrariedades pero eso no quiere decir que debemos abandonar todo a su sensatez, a veces puede salirse de control.-

—Bien, muy bien, has logrado comprender lo que te tocaba. Esto es como un viaje a lo desconocido.- le aclaró Gus.

Peter se pone de pie un poco descarriado, tal vez enmarañado, y decide averiguar qué había continuado el pasaje. Le sorprendió

saber que no estaba tan lejos de su casa y nunca había estado perdido, sino que estaba como en una barrera de tiempo y espacio.

Mientras cortaba la distancia se apostó a conmemorar lo acaecido y qué fue todo eso. Para él, no tenía sentido la manera en que se fue a parar a aquel lugar y cómo el tiempo no fue alterado más que unos minutos.

Se acostó a meditar y especuló sobre cada banco, cada detalle que encontraba y las palabras que reflexionó. Sugestionó que cada banco era una etapa, un contexto o un desafío que debería de pasar y las palabras eran las herramientas con las cuales debía de valerse para sobresalir.

Pero había algo que no comprendía, esas hojas eran verdes sobre el árbol y marrones al caer. ¿Qué clase de magia negra era esa?, era la incertidumbre que carcomía a Peter.

—Gus, no comprendo porque esas hojas podían pasar de una estación a otra en segundos.- preguntó Peter a su subconsciente.

—Eso mi querido Peter, es lo más sencillo.- respondió Gus.

—¿Para ti todo es siempre tan sencillo? Me dices cómo haces para tener el coraje de decir eso.

—Pues eso también es simple. Si empleas la razón para indagar una respuesta, no te olvides de incluir a la experiencia, Peter.

Entonces recordó que en el otoño las hojas caen porque ya cumplieron con su ciclo vital y es hora de dejar caerlas, para que cuando llegue la primavera broten las hojas nuevas y las flores que acicalan y almizclan aquel árbol.

Así mismo, aquel árbol frondoso tenía los nuevos desafíos y recuerdos en las ramas y las etapas o situaciones culminadas en

el suelo como las hojas que iban cayendo de a poco, lo mismo pasa con los recuerdos, los buenos recuerdos permanecen en la memoria y aquellos malos van olvidándose con el tiempo. Sin dejar de lado aquellas flores que son las extrañezas que da la vida con cada acción que forjamos.

## 6

# Sospechosa inocencia

*Mercedes Verónica Gowdak Mancini*

Odiaba a ese decrepito.

Deben poner atención a mi insensibilidad por el viejo, de lo contrario la historia perdería su interés.

Él era hombre despiadado, se aferraba profundamente a su superioridad. Pertenecía a esa clase de persona a la cual el sol jamás logró templar ni el invierno helar más su piel.

Nunca gastaba saliva para saludar. Siempre rechazaba ayudar y lo peor era que negaba total contacto visual. Se escondía en su oscura mansión cuál conejo en días de caza. La negrura del lugar formaba bolsas bajo sus ojos y la piel más pálida de todo el pueblo, acompañando equivalentemente una cara de lo más tenebrosa y misteriosa.

Pero yo era, quizá, la única persona a quien le importaba ese viejo. Sabía que tramaba algo.

Mi sueño es ser escritor, pero soy columnista en un periódico. Mi alegría es escribir en esos pobres espacios mis historias; ese

pequeño lugar era mi vida. Doy gracias a Dios por no darme esposa o hijos porque estarían tan muertos de hambre como yo.

Varias veces tuve la tentación de escribir lo que pensaba de él. Pero podían despedirme y quedaría en la calle.

Pero haría que se fuera de ahí.

Por eso decidí investigarlo.

Yo era su sombra. Apenas lo veía, trataba de seguir su trayecto el mayor tiempo posible. Pero salía poco y los lugares a donde iba no eran interesantes.

Podrá usted imaginar la sorpresa que tuve el día en que recibí una carta en el buzón de mi humilde hogar. Ni bien leí de quien era comencé a temblar y sentí mi corazón querer salir de mi pecho. Era del viejo.

¿Que querría? ¿Me habría descubierto?

Al terminar de leerla apreté los dientes y de la rabia, golpeé mi puño sobre la mesa. Duramente escupía en mi alma, quería que lo entrevistara todos los días ya que decía que sentía que estaba casi al final de su vida (yo lo veía muy saludable todas las veces) y que lo colocara en mi columna del periódico. Adjunta a la carta estaba un documento firmado por mi jefe, que aceptaba esta propuesta.

Lo odié aún más.

¡Pero espere, con esto tendría la ventaja de conocerlo!

Unos días más tarde ya estaba en la mansión. Al entrar, sentí el olor a madera mientras que el sentimiento de inferioridad se apoderaba de mí.

Una criada, presentándose como Helena, me llevó hasta la sala en la que ya estaba esperando el diablo mismo. No correspondió mi intento de estrecharle las manos, así que me senté en silencio en frente de él mientras sacaba mi modesto anotador, y el hombre comenzó a hablar como si ya nos conociéramos.

Así fue durante las siguientes semanas.

Hablaba rápido, no daba tiempo a que escribiera igualando la rapidez de sus palabras. Nunca me miró a los ojos ni cambio su tono de voz, tampoco me sirvió una modesta cantidad de vino para satisfacer mi cansancio.

Ya me había ido tantas veces que me había hecho amigo de la única persona que habitaba el lugar además de él: Helena.

-Si me permite preguntar, nunca la he visto salir de aquí, ni siquiera para visitar a sus parientes ¿No los tiene usted?

-Oh no- me respondió con una sonrisa- El señor siempre elije personas cuyos parientes vivan lejos para que trabajen aquí. Dice que los parientes son una distracción a los deberes. Es mi caso.

Le pregunte por qué las otras criadas se habían ido del lugar. No lo sabía.

Siguiendo con la entrevista, cada palabra que salía de su boca estaba manchada de sangre y horror. Había obligado a su esposa a casarse con él y tuvo un hijo. Tenía razón: era una persona muy cruel.

Más adelante, descubrí que un carruaje siempre llegaba a las 10 en punto de la noche para recogerlo, y él volvía a las 12 para a continuación, dormirse. Ni siquiera Helena tenía derecho a preguntarle a dónde iba.

Pero saber esa clase de cosas ayudó a mi investigación. A propósito, pedí que la entrevista sea a las 8 de la noche ese día, así, me quedé en el cuarto de huéspedes. Al salir él, me puse a registrar todo. Sus cajones, sus papeles... pero no había nada de valor.

Al pasar el tiempo, ya no sabía lo que se sentía escribir por placer. Y al mismo tiempo me di cuenta que había desarrollado sentimientos por Helena. Se había ganado un lugar en mi corazón.

Fui a la mansión para entrevistarlo en la noche, quería indagar más en sus cosas. Pero en mis ojos se reflejó la figura de Helena con un vestido negro. Desconcertado, le pregunté qué significaba. Argumentó que el viejo le había conseguido un trabajo mejor pagado en Londres, donde estaría más cerca de sus parientes. Esa noche lo acompañaría, haría unos negocios y quizá aceptaría el trabajo.

No pude ponerme feliz. Ese maldito viejo. Primero mis tiempos libres, después mi trabajo y ahora ansiaba quitarme lo más deseaba. No es personal, lo juro. Le hice prometer que me escribiría cartas. Rápidamente le di mi dirección en un papel. No quería que fuera la última vez que nos viéramos.

Posteriormente escuché el relinche del destino, esperando impaciente allí afuera. El viejo aún no aparecía. La acompañé a subir y le dije que entraría a la casa a buscarlo.

No lo encontré en toda la mansión. Pero cuando vi su habitación abierta y vacía una sensación de tentación recorrió mi cuerpo: era mi última oportunidad.

Entré y me acerqué cuidadosamente a su escritorio que estaba lleno de cartas. Rápido, busqué la más reciente: era de esa mañana y no tenía emisor.

Mientras leía mi corazón golpeaba contra mi caja torácica. Podía sentir mi sudor frío correr por mi frente:

—¿Qué es esto?— "Pasaré a buscar la mercancía a las 10 de la noche",

—¿Qué mercancía?— "Me alegra escuchar que es una mujer, pero sólo me interesan sus órganos",

—¿Órganos?— "Oh, me explicó que también tiene un joven escritor. Como mencioné antes, solo me importa si son personas sanas, las cuales pueda vender bien..."

La puerta se abrió de un portazo. Me giré desesperadamente y allí estaba él. Respiraba agitadamente y sus ojos buscaron los míos por primera vez. Golpeó la puerta antes de gritarme.

—¿Qué es lo que hace aquí?!

—¡Usted es la vil encarnación del demonio! Su vanidad se mide en cuanta sangre derrama. ¡Sabía que tramaba algo, pero no esto! Trafica órganos, vende personas ¡Ese es su secreto!

Quizás lo que más me asustó fue la boca del viejo, que se curvó en una enloquecedora sonrisa.

—Al notar que me investigaba, decidí deshacerme de usted. Sabía que sería una molestia en mi negocio. Pero aunque usted ya se haya percatado de mi horrible naturaleza, Helena no.

En ese momento mi furia se volvió preocupación. Corrí fuera de la habitación, pero sentí un doloroso golpe, caí en el alfombrado suelo y se me nubló la vista.

Al despertar recordaba vagamente lo sucedido; miré el reloj: 11:30

Las lágrimas corrieron por mi mejilla. Helena, por más astuta que sea, ahora estaría partida en pedazos o vendida al mejor postor.

Y si yo no escapaba, también.

Fui a casa, empaqué mis cosas y con un suspiro me alejé del pueblo. El viejo hizo todo esto: ahora me quitó todo lo que tenía.

Bien. Usted se preguntará si así termino todo. Pues debería decirle que quizás que sí. Soy un cobarde.

Ahora, Helena, si por alguna razón estas viva, fuiste a mi casa después de este incidente y encontraste estos escritos en el cajón secreto que te dije; por favor, házmelo saber.

Si estás leyendo esto, publícalo en el periódico de Tyneside, allí estoy y compraré todos los periódicos de aquí en adelante hasta que encuentre mis escritos, hasta que me hagas saber que estás viva, hasta que acabe con ese maligno demonio.

Te esperaré.

—Publicado en el periódico “Shields Gazette” de Tyneside en 1895

7

## Dónde está el anillo

*David Gamarra Benítez*

Esa mañana, doña Teófila estaba especialmente entusiasmada. Sus ojos atornillados y negros tenían un brillo diferente, aunque ya se notaban los años en su piel arrugada y su caminar forzado, no era impedimento para lucir su mejor vestido, aquel que sólo usa en domingo de resurrección para la misa de las siete. No era para menos, ese día merecía algo especial. Se levantó muy temprano, podía verse un cielo bruñido de un azul a la vez metálico y transparente, sabía que ni bien cantase el gallo, don Aquilino se levantaría de un tirón como cada mañana, se pondría sus botas y con balde en mano iría directo al tambo, a ordeñar su única vaca. Debía apurarse para terminar el agasajo que le preparó a su marido, con anhelo inocente deseaba darle una sorpresa por sus cincuenta años de casados. Mientras terminaba el último “mbeju” que descansaría junto a otros manjares, el canto del gallo despuntó la mañana. Ya se colaban los primeros rayos del sol, se podía escuchar el alboroto programado, que más por hábito que por fuerza de voluntad, Aquilino hacía religiosamente cada mañana.

—Ya es hora— pensó Teófila, deshaciéndose del delantal y acomodándose el vestido. Se podían oír las pesadas botas acercándose al comedor.

—¿Se te cayó *piko* el perfume?, agarró toda la pieza el olor—  
Exclamó Aquilino todavía somnoliento.

Teófila lo esperaba sentada ya en la mesa mientras recordaba aquella tarde de domingo; ella tenía diecinueve años, ataviada con un largo vestido blanco, el mismo que uso su madre. Él tenía veinticuatro, esperaba firme con las manos en la espalda, impecable luciendo el uniforme verde yerba que lo enorgullecía. Podía recordar aquella sonrisa cómplice que compartía con Aquilino. Ese viaje placentero por sus recuerdos se corta bruscamente al llegar el anciano hasta la mesa.

—¡Ñandejara Teófila!— Dice exaltado Aquilino al ver la cantidad de comida que había preparado.

—¡Felicidades mi viejo!— Contesta la señora, abrazándolo antes de que siga con su queja. Él responde el abrazo sin tener la menor idea del motivo de festejo. Sabía *luego* que no te ibas a acordar, hoy es el día más importante de nuestras vidas.

—¿No me digas que es mi cumpleaños?— dice Aquilino con desatino.

—Nooo... Hoy cumplimos cincuenta años de nuestro casamiento—  
contestó Teófila alargando sus brazos para abrazarlo.

Instantáneamente Aquilino recuerda el día en que la conoció; veía la nítida imagen de ella tan doncellilmente inocente cargando cuadernos camino a la escuela, y él como todo un caballero se ofreció a llevarselos, recibiendo de recompensa un beso en la mejilla. Esa misma sensación extasiada inundaba su alma en ese momento, el tiempo se detuvo, se envolvieron en un cálido abrazo.

La sorpresa de Teófila resulto como la había planeado, y sentándose, los dos empezaron a disfrutar de su mutua compañía. Todo estaba delicioso y el sol era el único testigo de tan perfecto instante. Charlaron, rieron y por momentos se escapaba una que otra lágrima. Ya satisfecho, Aquilino se dispone a salir, no puede dejar pasar su labor en el tambo, sin embargo, todavía faltaba una sorpresa más, la señora se levanta y va disparada a la habitación, al volver, trae en sus manos la pequeña cajita que guarda su anillo de bodas, era momento de renovar los votos matrimoniales.

—Ahora arrodillate y volvé a ponerme el anillo en mi dedo— le dice Teófila con la voz cargada de ilusión. Aquilino totalmente despistado no entiende la intención de su mujer, aun así, a duras penas, logra ponerse de rodillas y tomándola de la mano pronuncia sus votos.

—Con este anillo, me vuelvo a casar con mi amada Teófila—. Para el anciano eran las palabras más cargadas de amor que podía improvisar, para ella bastaba, no podía pedir más a aquel ex combatiente orgulloso y casi senil. Intenta levantarse pero debe ser ayudado, las labores bestiales de la chacra y el sol que resquebraja la arcilla lo habían vuelto más frágil que en sus mejores años. Es el turno de Teófila, pero en ese momento, se da cuenta que la mirada del viejo había cambiado, una gota helada de sudor baja por su frente mientras ella espera alguna reacción, pero sólo recibe el ademán de salir para el tambo.

—¿Dónde está tu anillo?— pregunta Teófila con la voz apagada. Un silencio de morgue inundó el comedor, hacía tiempo que Aquilino había olvidado donde dejó su alianza. No necesitó responder, la anciana ya se dio cuenta. Una profunda desilusión invadió su cuerpo; el viejo sólo agachó la cabeza, y ella, sin decir nada más, empezó a recoger la mesa, mientras él, temeroso, salió de la casa. Esa fue la última vez que escuchó hablar a su esposa.

Aquilino sabía que esta vez ella de verdad estaba molesta, casi medio siglo de convivencia ayudaron para saber cuándo alejarse y esperar a que los ánimos se calmen, pero no fue así, cada vez que el viejo trataba de excusarse ella lo ignoraba totalmente, hasta que dejó de intentarlo.

Así pasaron las horas, luego los días. Ahora sólo había cocido negro y galleta cuartel de comer; ya no compartían el tereré antes del almuerzo, el cual era un pobre puchero con algo de arroz. Ya no estaba lista su ropa limpia para cambiarse después del trabajo en la chacra y en las noches dormían separados. Ya no se escuchaban voces en aquella casita.

Pasaron seis largos días, Aquilino viste la misma ropa, se levanta lo más silenciosamente posible, dejó de ordeñar a su vaca y se la escuchaba quejarse desde el tambo, se puso sus botas y salió con un desanimo que le pesaba en la espalda, seguía en el intento de recordar donde había quedado su anillo, su soledad empezaba a doler más que aquella bala que recibió en la batalla de Boquerón. Llegó al tambo. Mientras, en la casa, Teófila se había levantado temprano, sin poder conciliar el sueño, se puso a costurar unas sábanas, debía mantenerse ocupada para que la tristeza no le gane, su desilusión seguía y su esposo no mostraba reacción alguna. Aquilino en cambio luchaba contra una vaca molesta e inquieta, como si ella también le reprochara los días de descuido, en un arranque de la vaca, el anciano recibe un refilón de patada que lo tira al suelo, queda inmóvil y gimiendo por unos minutos, se levanta adolorido y enojado con el animal.

—Lo único que faltaba es que vos también estés argel— le reprocha a su vaca que sigue indispuesta. —Siempre te trato bien, te alimento como se debe, te suelto cada tarde para que vagues

tranquila por el piquete y hasta mi anillo me quito para ordeñarte cada mañana...

Los ojos de Aquilino se iluminan, por fin pudo recordar, había dejado su anillo sobre un poste para no lastimar las ubres de la vaca al ordeñarla. Presuroso estira la mano y lo encuentra, empolvado pero intacto, tenía por fin entre sus dedos el objeto de la discordia, festejaba que por fin su esposa lo perdonaría, volvería a comer rico como siempre y disfrutaría más que nunca del terere mañanero.

Misteriosamente la vaca se calmó, como dándole permiso de ir hasta la casa y resolver su tristeza. Ahí mismo, con el anillo en las manos, empezó a recordar todo lo que vivió antes de casarse, tal vez hayan sido cincuenta años de matrimonio, pero el amor nació mucho antes, un amor puro e infantil, en aquel primer beso que casi lo desmaya, en la primera visita a la casa de los suegros que no estaban muy contentos con su llegada pero que con el tiempo lo aceptaron, aquellas noches que pasó en vela mientras peleaba en el chaco, deseando volver a casa para abrazarla y escuchar su voz, porque eso era lo que más le hacía falta. Aquilino se dio cuenta que el anillo era importante porque simbolizaba el amor que se juraron aquel domingo por la tarde, pero más importante era escuchar de vuelta la voz de su amada. Juntando fuerzas caminó apresurado a la casa, entró a la habitación en donde Teófila seguía bordando, sus miradas se cruzaron, pero ella desvió la vista con un gesto todavía molesto, él no sabía qué hacer, de pronto vino a su mente una idea, abrió los roperos y comenzó a tirar toda la ropa sobre la cama. Teófila quedó perpleja, no lograba entender el actuar del viejo, pero él no se detuvo ahí. Los portarretratos, cada par de zapatos, las toallas y hasta un jarrón con rosas artificiales,

todo sobre la cama donde seguía la mujer muda. Hasta que el silencio se rompe.

—¡Aquilino basta! ¿Qué estás haciendo?, ¿qué es lo que se te perdió?

—Tu voz Teófila... Era tu voz lo que se me había perdido y ahora la encontré- responde Aquilino mostrando el anillo. —Cuando yo me enamoré no había anillo—

El sol fue testigo de aquel abrazo profundo. Por fin pudieron terminar sus votos y prometer de nuevo que se amarían hasta que la muerte los separe. Porque no había regalo suficiente en el mundo que tenerse el uno al otro.

## 8

### Un último suspiro

*María Jazmín Barrero Pereira*

Uno, dos, tres, uno, dos, tres.

La serie se repite cada segundo, cada minuto, cada hora y finalmente culmina en otro día.

De nuevo el sol se asoma por el horizonte para pobres y para ricos, para los trabajadores y los holgazanes, para los vivos y los muertos.

El hombre despierta a la niña para el día escolar y la mujer aplica una última capa de *rimmel* a sus pestañas. El perro aguarda alegre el desayuno con sus dueños y el ave entona su canción de bienvenida a la aurora. Las ansias de terminar algo antes de siquiera empezarlo ensordece los oídos y nubla la vista, aísla a las personas del mundo en el que viven para sumergirlos en su remolino personal donde todo se reitera.

Una puerta se cierra con fuerza brutal, el cuadro familiar cae rompiéndose en mil pedazos, el niño se asusta porque su padre se marchó enojado y la madre no deja de llorar postrada en el suelo

linóleo de la habitación. Y el reloj sigue girando sus manillas impertérrito a su ambiente.

Un hombre roba una cartera de una tienda para conseguir el polvo que lo aleja de la realidad en la que vive y de la cual no tiene el coraje de salir. Cobarde. Débil.

Segundos, minutos, horas. Segundos, minutos, horas.

Una estridente bocina anuncia el estado emocional prepotente del conductor que no tolera a los que manejan al límite de velocidad permitida.

Los ojos de una anciana se quedan en blanco y expira su vida en un último latido de aquel maltrecho corazón, dando inicio al coro de llantos desolados de sus hijas.

Un niño prueba el sabor del barro en sus manos y mira curioso el color de sus manos empapadas.

El tiempo valió la pena para el pescador que dejó la carnada en el lugar indicado, a la hora indicada, puesto que el pez cayó en su trampa entregando así su existencia.

Un joven llora con el corazón partido porque la chica que amaba decidió dejarlo al encontrar un nuevo hombre a quien amar, con quien experimentar, con el cual volar.

El reloj al fin lanza un pitido anunciando las doce del mediodía. Y sigue girando.

Minutos, horas, días. Minutos, horas, días.

Las sillas son arrastradas y el comedor se llena de barullos de niños ansiosos por comer y volver al patio a jugar con sus juguetes nuevos.

Una lágrima resbala por una mejilla sucia y cae sobre unos pies desnudos posados sobre tierra roja mientras los dedos embarrados son retorcidos de tristeza.

El estómago gruñe de insatisfacción por la falta de comida y una madre sufre por no tener comida que dar a sus niños que sentados en las sillas decrepitas de madera, esperan un pedazo de pan para satisfacer su hambruna.

Vibraciones y pitidos irrumpen durante el almuerzo. Las conversaciones en vivo y en directo se marchitan por zumbidos electrónicos. Luego de varios minutos, el calor se hace ausente en el plato, la comida se tira en una bolsa y todo pasa a segundo plano.

La niña agacha la cabeza y se traga las lágrimas que amenazan con salir de sus ojos. Los niños se burlan de su diferencia, su apariencia, y no paran de lanzarle cosas sólo por pasar el rato.

Un alma joven solitaria mira y escucha las risas y sonrisas de los demás niños que no lo dejan jugar con ellos y solamente se centra en la merienda que su madre le preparó con antelación la noche anterior.

Una rodilla se encuentra teñida de rojo por una mala jugada durante el partido de fútbol entre compañeros de clase, una lágrima traicionera se escapa del ojo derecho y las palabras “marica” “maricón” no tardan en levantar el muro de protección del niño que siente que si llora, “será igual que una niñita”.

Horas, días, semanas. Horas, días, semanas.

La maestra recibe una llamada que anuncia un accidente en donde su marido está implicado.

Fuera del colegio, un depravado grita frases obscenas y machistas a las chicas que salen, mientras que la sociedad se ríe ante su descaro y hacen caso omiso a la agresión verbal que comete contra ellas.

El cuerpo de una muchacha de veintidós años es encontrado despojado de su ropa y con golpes en distintas partes de su anatomía y la gente susurra que fue culpa suya por vestirse con faldas tan cortas y blusas “tan provocadoras”, miran con desaprobación a los padres de ella que lloran angustiados por el trágico final al que la niña de sus ojos fue sometido, porque ellos no debían haber dejado que ella salga sola a pasear por las calles “con esas fachas”.

Las misma gente es la que luego religiosamente asisten a las celebraciones de su iglesia, profesan su fe hipócrita, ruegan perdón a Dios y exclaman que lo aman aunque lo ignoran en el prójimo que los necesita, critican lo que hacen los demás pero se defienden diciendo que leen la biblia y siguen al pie de la letra sus enseñanzas. Se recubren de fanatismo religioso ignorando al que no comparte su misma ideología y siguen al pastor como ovejas ciegas, mudas y sordas.

Las noticias mencionan todos los desastres que dejó la tormenta mientras estás sentado cómodamente en el sofá de tu hogar mirando con indiferencia el número de casas que pierden sus techos por la fuerza del viento.

La luz huye de los rayos del cielo dejando a oscuras a todo el barrio y los relámpagos iluminan la oscuridad de la noche. Menos de quince segundos después, un trueno acompaña los sonidos de las gotas que como soldados en pie de guerra caen sobre el enemigo y luego se consumen en el piso en grandes charcos que inundan todo lo que encuentran a su paso.

Muchos golpes son repartidos sobre una persona con gustos diferentes que grita de dolor, que paga una deuda que no es la suya y la gente, no hace nada.

Un empleado público desvía millones de guaraníes a su bolsillo, robando a los indígenas la posibilidad de una vida mejor.

Un juez corrupto falla en contra de los inocentes ganando con ello aquello que le da seguridad, aunque vana, el dinero.

Días, semanas, meses. Días, semanas, meses.

En las reservas del país, cientos de árboles arborescentes son cortados por personas ambiciosas que olviden que el oxígeno no se los da el dinero y que el único lugar que tienen para vivir es este planeta.

El director de esa organización pública sonríe frente al espejo mientras una mujer termina de vestirse en su oficina, siendo ahora la secretaria oficial del director sin merecerlo.

La adolescente enamorada cayó en la trampa de la seducción de aquel joven de veinticuatro años, le dio una prueba de su amor acostándose con él, quien después la abandonó por otra aún más joven, dejando un corazón partido y un útero con una pequeña vida creciendo dentro de él.

El casco en el brazo y la cabeza desprotegida, altas velocidades, una curva muy pronunciada, un choque frontal y una madre que permanece en la puerta de la casa aguardando a su hijo que nunca más llegará.

Semanas, meses, años. Semanas, meses, años.

Gritos de dolor cortan el aire de la sala de partos y por fin, luego de un largo y difícil tiempo de contracciones, un niño lanza un llanto de vida, un llanto de esperanzas, un llanto de expectativas, un llanto de felicidad. Y allí, todo tiene un nuevo comienzo, una nueva oportunidad de hacerlo bien, para ti, para mí, para todos. Con ese último suspiro, un alma se va, pero otra queda, para volver al inicio del siguiente fin.

9

## Mi último rayo de luz

*Lorena Elizabeth Burgos Sanabria*

—Por favor pequeña ya no llores— el llanto desolado de la pequeña de ojos mieles, está a punto de hacerme llorar —vamos princesa duerme.

Son las 02:00 AM y yo aún no he pegado ojo, no debí estudiar hasta tarde, pero entre el horario de trabajo, la universidad y la pequeña Luz, no he tenido tiempo, y mis exámenes están a la vuelta de la esquina, como diría mi mamá, como me gustaría tenerla a mi lado, pienso mirando los cachetes rojizos y mojados por el llanto de Luz, ella sabría cómo calmarla. Sigo meciéndola tratando de detener su llanto, otro chillido sale de la garganta de la pequeña, y las primeras lagrimas caen por mis mejillas, ¿Qué debo hacer? Me pregunto, he revisado su pañal, le he tomado la temperatura y tampoco quiere tomar su biberón, ¿debería llevarla al hospital?, unos golpes en la puerta de entrada me hacen palidecer, estoy segura que es el vecino, para quejarse del llanto de Luz, ya que estoy en un edificio que cuenta con dos departamentos por piso, no me queda de otra que acercarme y preguntar,

—¿Quién es?

—Soy Rubén tu vecino— cierro los ojos con fuerza y cuando estoy por preguntarle que necesita, vuelve a hablar —¿Está bien

tu bebé?, lleva llorando mucho tiempo— pienso un momento qué responder y así no llame a nadie para quejarse del barullo

—Está bien, es solo que no quiere dormirse, no se preocupe y por favor disculpe la molestia que le estamos causando— meso a Luz con más insistencia, para que deje de llorar, pero no logro calmarla— ya no escucho al vecino y pienso que se ha marchado, cuando estoy a punto de volver a mi cuarto, su voz me detiene.

—Déjeme revisar a su bebe, soy médico— entrecierro los ojos como si de esa manera pudiera ver a través de la puerta, ¿de verdad él cree que lo dejare pasar a mi casa a las tres de la mañana?— sé lo que está pensando y no, no soy un ladrón o cualquier cosa que se le ocurra, voy a pasarle mi registro y mi cédula para que lo compruebe—sigo sin responder—su bebé lleva llorando aproximadamente media hora, no es normal, en todo caso si no me deja revisarlo le aconsejo que lo lleve a hospital— veo algo asomarse debajo de la puerta y efectivamente, son los documentos del hombre que esta tras mi puerta— vuelvo a deslizarlos hacia afuera, debatiéndome qué hacer, crearle o llevar a Luz al hospital lo más rápido posible.

—Le agradezco mucho su buena disposición, pero prefiero llevarla al hospital— espero la respuesta de Rubén antes de ir a cambiarme y llamar a un taxi, no podré manejar estoy muy alterada.

—De acuerdo, buenas noches—escucho como el hombre se aleja y voy a mi cuarto.

Me pongo lo primero que encuentro, tomo la pañalera de Luz y la envuelvo en una manta. He llamado un taxi a medida que me cambiaba y éste ya está abajo, abro la puerta y los dos hombres parados frente a ella me hacen dar un grito de miedo y apretar con más fuerza a Luz contra mi pecho, que ahora llora con más fuerza

después del susto— tranquila Sofía, soy Jorge el guardia del edificio— enfoco la mirada en el señor que saludo todos los días antes de irme a la universidad y suelto el aire que estaba conteniendo, dirijo mi vista al otro sujeto y es un joven de aproximadamente treinta años— Rubén acaba de llamarme porque tu bebe no deja de llorar— miro molesta al hombre que fue con el chisme al guardia y él sonrío, negando con la cabeza

—No es lo que crees, estoy seguro que si él está presente me dejaras revisar a tu bebe, y así no tendrás que ir hasta el hospital, por algo que estoy seguro que podríamos tratar aquí— me sonrojo y los dejo pasar.

Rubén está revisando a Luz y como él dijo, no es nada que no podamos solucionar aquí, ya que son cólicos, normales en los bebes, después de administrarle las respectivas gotas y algunos masajes, Luz se calma y se queda dormida. Nos sentamos en la pequeña sala mientras el escribe la receta, con las indicaciones para Luz— ¿Por qué no amamantas a tu bebé?— su pregunta me toma por sorpresa— tu niña apenas tiene tres meses, sé de algunos casos de madres que no producen leche ¿Es ese el tuyo?

—No, Luz no es mi hija biológica— su ceño se frunce—su madre falleció después de dos semanas de que Luz naciera, ella era mi amiga, y me pidió que cuidara de ella, mi hermano le dio su apellido y por eso puedo tenerla, sin que intervengan Servicios Sociales.

—Lo siento— sonrío triste y niego con la cabeza—eres una gran amiga si estás haciendo esto.

Por alguna razón este hombre me produce una sensación de confianza, y es eso lo que me lleva a contarle el motivo por el cual Luz está conmigo y no con algún familiar de Helena— se le diagnosticó cáncer terminal un año después de comenzar la

universidad, ella estaba devastada, solo teníamos 18 años, nos acabamos de mudar a este departamento, al fin seríamos independientes, cada una consiguió un trabajo y estudiando lo que nos gustaba, ella Comercio Internacional, y yo Medicina. Cuando le dijeron que podía hacer sesiones de quimioterapia, ella se negó. Un mes después fuimos a una fiesta puesto ella quería disfrutar al máximo de su vida, aunque yo no estaba muy de acuerdo con la manera que lo estaba llevando, trataba de complacerla y al mismo tiempo convencerla de que siguiera el tratamiento, esa noche se acostó con un chico del cual no volvió a saber nada, dos meses después se enteró que estaba embarazada, quiso abortar, y le rogué que no lo hiciera, el doctor le dijo que sería un embarazo del alto riesgo por su condición, y eso pareció animarla, siempre decía este bebe podría ser lo único que quede de mí, mi último rayo de luz. Sus padres no sabían sobre su condición, pero si sobre su embarazo, le dieron la espalda cuando se enteraron, y aunque le aconseje que les hablara sobre el cáncer ella se negó, ya que ellos la obligarían a seguir el tratamiento y no les importaría él bebe, como se lo hicieron saber cuando les contó de su embarazo. Muchas veces estuve a punto de llamar a sus padres, cuando se internaba por semanas, pero ella me pedía que no lo hiciera, cuando nació Luz, aunque paso casi todo su embarazo en cama, ella estaba feliz de tener al fin a su niña en brazos, una semana después su estado empeoró, me pidió que cuidara de Luz, yo era la única persona en la que confiaba que velaría por su hija con el mismo amor que ella lo haría, ni siquiera dude en aceptar tal petición, amaba a la niña desde el momento que supe que iba a ser tía. Le pedí a mi hermano mayor que la reconociera como hija y lo hizo sin dudarle, el apreciaba mucho a Helena, una semana después ella falleció. Me encargué de todos los trámites de su defunción y de avisar a sus padres, y tal como dijo ella, ellos no querían saber nada de su nieta— sonrió mientras secó las lágrimas que derramé durante mi monólogo, Rubén, no ha dicho palabra y no puedo evitar preguntarme en lo que estará pensando—es así como terminé con una hija a los 20.

Eres una mujer increíble, y tu amiga también lo era— sonríe y mira su reloj— son casi las 4:30 de la mañana, tengo que irme— abro los ojos a más no poder, como voy a levantarme dentro de 2 horas—un gusto conocerte Sofía, no dudes en pedirme ayuda si la necesitas, estoy en la puerta de enfrente y te anoté mi número en la receta con las indicaciones, buenas noches.

—Buenas noches y muchísimas gracias por lo de hoy, y no dudes en que si tengo una consulta golpear tu puerta.

Con el transcurrir de los meses Rubén se convirtió en un gran amigo y apoyo, y después de 9 meses de amistad, justo en el primer añito de Luz, nuestra amistad pasó a ser algo más...

## 10

### Escalera para la luna

*Rodrigo Daniel Espinoza Espínola*

Había una vez un niño, y soñaba con ayudar a la luna. Quería que no tuviera tantos agujeros; quería que no tuviera tanto polvo; quería que no tuviera tanto frío ni estuviera por tanto en la oscuridad.

Así que consiguió muchos globos para volar hacia ella, y consiguió mucha madera para tapar sus agujeros, y consiguió muchas telas para quitarle el polvo, y consiguió muchas velas para iluminarla y calentarla. Ya preparado, cortó la cuerda que lo mantenía en su tierra, era la cuerda que lo alejaba de la luna.

Viajó y viajó, y ya después de mucho, alcanzó a notar que ya la alcanzaba para ver, si por una última vez, querría verlo. El pequeño miró hacia la luna, y se dio cuenta de que era muy grande.

—Buen día— dijo cuando se vio que llegaba.

—O buenas noches— dijo la luna cuando vio que llegaba el niño.

—He traído maderas— siguió el niño y las mostró para que las

viera, —para poder ayudarte a tapar tus agujeros—. —No traigo el deseo— replicó la luna y le mostró que las veía, —de que desees tapar mis agujeros con tus maderas. Y le explicó ella que había un ratón que jugaba en ellos y la hacía reír... incluso cuando a veces la dañaba.

—Pero también he conseguido telas— siguió el niño, dejándole ver —para poder ayudarte a quitar el polvo.

—No puedo conseguir el anhelo— replicó la luna, dejándose ver —de que consigas quitar mi polvo con tus telas. Y entonces le explicó ella que, cuando el polvo la hacía estornudar, el ratón que estaba adentro se iba por algún tiempo... incluso cuando luego volvía.

—Si aún me he procurado velas— siguió el niño, buscando que encontrara su razón —para poder ayudarte a no estar tan fría.

—Puedo solo procurar tener ganas— replicó la luna encontrando que buscaba razón -de que procures calentarme con tus velas. Y también le explicó ella que, cuando ya estaba muy fría, el Sol le mandaba muchos de sus rayos... incluso si luego se los quitaba.

—¡Sí también son para iluminarte cuando estés a oscuras!— el niño se lamentó, porque la otra no se lamentaba.

—¡Sí también me ilumina la aceptación de estar en la oscuridad!— se lamentó la otra porque él se lamentara. El pequeño quitó la sogá con la que de allí la habría quitado.

—¡Y puedo llevarte conmigo para que no estés a solas!— exclamó, y se apenó por querer apenarse.

—¡Y puedo quedarme acompañada de mi soledad!— la otra se apenó por darle pena.

—Hubo una vez— la luna le dijo —en la que fui a tu Tierra para que ella fuera conmigo. ¡Pero encontré tantas cosas rotas! ¡Pero encontré tantas cosas sucias! ¡Pero encontré tantas cosas frías y oscuras...!"

Así que el niño construyó un barco para volver y construyó el pensamiento de que no podría cargarla con esa carga, y construyó el pensamiento de que quería que ella se construyera otro pensamiento, y construyó el pensamiento de que podía construir algo cuando estuviera de vuelta.

Zarpó con el barco que lo alejaría de la luna. Zarpó con el barco que ella sopló para acercarlo a su Tierra.

El pequeño trabajó y trabajó, ya estando en su casa, en hacer menos baja una escalera para que ella bajara si alguna vez deseaba cumplir ya su propio deseo.

Miró hacia lo alto y se dio cuenta de que estaba más alto.  
—Buenas noches— dijo el niño buscando ver si la Luna lo buscaba.

—O, buen día— dijo la Luna encontrando que quiso que la encontrara.

11

## La tienda para mí

*María Florencia Cristaldo Alegre*

*“Te daré un hilo de luz y voluntad inquebrantable. Repara este mundo maravilloso con él”.*

En aquella tarde de invierno, el Sol estaba en su punto de auge y la Luna creciente, sonriente, empezaba a elevarse en el cielo violáceo degradado a un tono anaranjado casi ya imperceptible captando los perfiles de la vida de la ciudad.

La mirada castaña de una joven paseaba de manera superficial en la vidriera de una tienda de entre tantas otras. Marisa era de esas personas que poco y nada llamaban su atención, de muchos talentos pero ninguno salido a la luz, caracterizada por ser callada y pasar desapercibida lo máximo posible. Ella recordaba que hacía frío y sus manos apenas rozaban el calor dentro de los bolsillos de su abrigo de cuero color beige; su favorita, por no decir que era la única que tenía. Frente suya, se alzaba una tienda que pasaría perfectamente de una juguetería a relojería, de librería a plomería. Aún buscaba la razón de por qué seguía varada observando el escaparate de madera verde oscura y detalles en dorado. En su mente cruzó la idea de que podría tratarse de una tienda de

segunda mano debido a la diversidad de objetos que exhibía tras el vidrio empañado por las recientes lluvias.

En un momento, cuando la luz del día dejó de tocar tierra y las farolas empezaban a encenderse como luciérnagas, siguió su camino a casa. Pero, al día siguiente, después de las clases, a la misma hora, sus ojos nuevamente se dejaban deleitar sin explicaciones el aparador, pero tras eso, siquiera realizaba amago por entrar. Así pasaron los días hasta llegar al séptimo. En ese atardecer de invierno, recordó que sus pies sin ápice de vacilación marcaron rumbo hacia la puerta, giró el picaporte y entró a esa peculiar tienda.

Dentro, la calidez la envolvió y sus fosas nasales se colmaron de un olor a café, jengibre y un matiz de aceite de engranaje. El local no era de gran magnitud suponía. No obstante, poseía estanterías repletas de objetos, entre ellos libros, cubriendo las paredes -a excepción de la del fondo- que llegaban hasta el techo. Inclusive, había unas cuantas estanterías que conformaban pasillos como un mercado cualquiera. Yacía un mostrador donde ausentaba estantería, con una caja registradora sumida en polvo y un mono de juguete a un lado. Tras el mostrador, una chimenea encendida con una pequeña sala que conformaba un sillón y una mesita de café. En un rincón se alzaba una escalera de caracol que llevaba al segundo piso.

Suspiró idílica. Le encantaba esa clase de lugares donde el tiempo estaba perdido, donde en algún estante podría encontrar un hada bailando con algún guapo soldado de juguete. Empezó a contemplar con escrutinio las mercaderías. Cogió uno de ellos, específicamente, una caja de música vieja pero bien cuidada. La

abrió y el cuarto se llenó de un melodioso sonido; una nana. Triste y tranquilizante.

—¡Oh! Buenas tardes, señorita— Marisa respingó dejando casi caer la caja de música. Cerró y colocó rápidamente el objeto en su lugar para así dar media vuelta hacia el dueño de la voz. Allí visualizó ojos de un color esmeraldas... brillantes que la observaban tímidamente. —Disculpe, no fue intención de asustarla—.

—No importa— Contestó tosca. Era un hombre de aspecto joven rondando los veinte y tantos, de cabello castaño alborotado, rizado en las puntas, rasgos finos y una mancha de suciedad en la mejilla. Éste, de inmediato, tomó un pañuelo que reposaba sobre el mostrador y limpió sus manos aceitosas al igual que la mancha de la cara. —De todas formas, ya me iba, así que... perdone si interrumpí algo—.

—¿En serio?— Le pareció haber escuchado cierto matiz decepcionante en su tono de voz. Parecía interesada en esa mercancía.

—No... bueno, sí— mordió su labio inferior, ladeando la cabeza de forma vacilante. —Me apreció linda, solo eso— añadió.

—Mi nombre es Samuel, el Ingeniero del Tiempo— ambas cejas de la mujer se alzaron tras oírlo hablar. En su rostro surcó una expresión incrédula. *¿Quién te preguntó?* Fue lo que cruzó por su mente.

—¿Ingeniero del tiempo?— repitió sin esconder la diversión que aquello le causó. —Suena a que eres meteorólogo con una tienda de segunda mano—.

—Puedo ser eso si así lo quiero— respondió Samuel sin perder esa genuina sonrisa que iluminaba su rostro, mostrando su perfecta y blanca dentadura. —Para mí no hay límites ni imposibilidades—.

—Ya, claro— masculló ella echando un vistazo general a la tienda. *Ingenuo* pensó. Ciertamente, aquel sujeto le resultaba un tanto extraño, y no solo por su manera de expresarse, si no de vestir. ¿Quién sería el vejestorio que usaría vestimenta del siglo antepasado en plena era contemporánea? —Como sea. Debo irme. Fue un gusto—.

—¿No te quedarás a tomar el té?— Volvió ese tono desesperanzado en su voz, más patente que la primera vez. — Pareces alguien rota—.

—¿Disculpa?— Volteó con una mueca, disparando la mirada avellana sobre él. —Persona, ¿rota...?— Marisa fácilmente se mostró descolocada. Pero, sin saber por qué, esa confesión abrió en ella una pequeña brecha de consuelo.

—Tus ojos están vacíos, sin brillo, señorita. Me pregunto qué pasaría si fueran pulidos— Comenzó a divagar sin esperar consentimiento de la clienta. Samuel se acercó al sofá y se echó como si estuviera con alguien de confianza. La melena negra de Marisa se asomaba al otro lado de mostrador. —Tu nombre es Marisa, ¿no es así?—

La aludida quedó petrificada en su lugar y un espantoso escalofrío surcó de forma ascendente por su columna. Estaba segura que en ningún momento dio a conocer su nombre. Aquello no pasó desapercibido para Samuel, quien solo le dedicó una sonrisa comprensiva.

—Lo sé porque tu nombre está en el registro de personas rotas—

*“Esto es un sueño”*. Marisa, casi involuntariamente, se acercó serena y recelosa hacia el ingeniero, sentándose en el extremo libre del sillón. Sus ojos, opacos, se dedicaron a observar el baile de las llamas en la chimenea.

—¿A qué te refieres con “personas rotas”?

—Bien. ¿Ves todos estos objetos?— Marisa asintió, alzando ambas cejas en modo interrogatorio. —Son personas—. Los avellanas de ella se desorbitaron y volteó a ver sobre su hombro las estanterías que rebosaban de diferentes chucherías. —Las personas también se rompen como los objetos cotidianos. Yo me encargo de arreglarlos.

## 12

### Piribebuy

*Mathias Ezequiel Paredes Studenko*

—Los aliados siguen avanzando y persiguen a la retaguardia paraguaya que se repliega hacia Piribebuy... hñjole... esto es serio, si llegan acá... —Ey Alfredo... ¡Alfredo! —. Mientras mi compañero trataba de dirigirme la palabra, yo marcaba la vista hacia un punto del horizonte.

—Que? Ah perdón... perdoname Lucas, estoy muy pensativo últimamente por todo lo que está pasando.

—Mira yo sé que te preocupa mucho tu madre, pero estar así de distraído no te va a ayudar en mucho.

—Lo sé, pero mi madre está sola, además es cuestión de tiempo para que los aliados lleguen y no quisiera que...

—...le pase algo a ella, lo entiendo. Alfredo, no te preocupes—.

Era un 9 de agosto de 1869. Durante esta conversación, la guerra contra la Triple Alianza había consumido al Paraguay hasta en sus raíces. Al inicio de la contienda mi padre había muerto en Corrientes, me quedé con mi madre en nuestra precaria casa en Encarnación, a orillas del Río Paraná. La cuidada mucho siempre, mi vecino Lucas me ayudaba cuando podía y también lo hacía su hermana Analía, ambos vivían solos, ya que sus padres habían

muerto en Matto Grosso, desde entonces éramos inseparables. Pero el 1 de agosto de 1869, desperté y noté que mi madre no estaba, encontré una nota sobre una mesa que decía: *“Hijo, la patria nos necesita a todos, iré a Piribebuy para defenderla como pueda, no sé qué pasará, pero tú eres fuerte e independiente y por eso no te llevo conmigo, debes seguir tu vida si algo me pasa. Te amo hijo, no escribo mucho porque es muy difícil para mí, cuida mucho de Lucas y Analía, son personas que siempre estarán contigo hasta en las peores situaciones que atraveses”*.

—Aun no entiendo porque quieres venir a buscar a tu madre Alfredo, te abandonó y encima no dio muchas explicaciones.

—No la puedo dejar así, me sentiré más tranquilo al encontrarla... y lo sabes.

—Sabes que te apoyo Alfredo, aunque seamos muy jóvenes estoy seguro de que llegamos hasta aquí por algo.

—Gracias Lucas, no sé qué haría sin ustedes dos a mi lado, ahora trataré de dormir un poco antes de que Analía despierte...

—Pues, yo creo que deberían hablar los dos.

—¿Por qué lo dices?

—Por algo que me dijo hace un par de días...jeje, te involucra demasiado a ti.

—Espera... estás diciendo que ella...

—Sabes tienes razón, debes dormir ahora...

—Bueno... bueno... pero tú...

—Mañana llegamos a Piribebuy... YA DUERMETE.

Estaba decidido a encontrarla, fue entonces que el 3 de agosto empaqué lo necesario, puse en condiciones la vieja carreta de mi padre y la cargué provisiones para luego usarla con mi caballo personal. Solo que no tenía planeado una cosa, justo cuando estaba por embarcarme a la travesía, Analía se para frente a la

carreta junto a Lucas, me di cuenta de que no me dejarían partir solo y sin mediar palabra alguna subieron a la carreta. No se cómo hizo Analía para convencerme, pero acabe aceptando (a duras penas) que vinieran conmigo. Y ahí estaba, en busca de mi madre atravesando con suerte el Paraguay, junto con mi amigo hermano... y la bella Analía.

—Alfredo... Alfredo despierta... ya estamos en Piribebuy.

Analía me sacudía tiernamente la cabeza para que abriera mis ojos, y no me arrepentí, la calumnia viajera y la preocupación por la guerra no le quitaba lo tierno de su rostro, de su rizo castaño y de sus ojos casi tan negros como la noche, como no protegerla siendo todo para mí.

—Ana...como... ya estamos en...

—Si Alfredo, por aquí estará tu madre. Al decir esto me levanté apresurado y le dije:

—¿Dónde está Lucas?

—Él fue a buscar a tu madre... mientras llegábamos escuchamos que los aliados estaban cerca... tengo mucho miedo...

Cuando me dijo esto me sentí culpable, la había conducido a una zona muy peligrosa, claro que ella quería venir, pero estaba seguro de que bajo ninguna circunstancia dejaría que le hicieran daño. La abrasé y le dije sollozando:

—Nunca voy a permitir que te toquen un pelo... estoy dispuesto a...

—Ya Alfredo...no digas lo que creo ibas a decir... por favor.

Estar a su lado se sentía como la paz misma, me olvidaba completamente de la guerra, luego la miré a los ojos y, por arte de magia, escuché una voz conocida:

—Alfredo creo saber dónde está tu madre. Cuando me percaté de la presencia de Lucas solté bruscamente a Analía, al hacer esto noté en su rostro una expresión de ira disfrazada con descontento.

—Cuéntame... ¿dónde la viste?

—Esta mañana el ejercito del General Caballero llegó a Piribebuy, había muchos heridos de gravedad, creo haber visto a tu madre atendiendo a muchos de ellos en una plaza, pero no quería acercarme hasta venir a decírtelo.

—Gracias Lucas... sabía que con ustedes podría lograrlo, mejor pongámonos en marcha.

Dejamos la carreta atada a un árbol y seguimos la Lucas a una zona repleta de heridos... y muertos... del ejército nacional. No caminamos más de 150 metros y Lucas se detuvo, me señaló una casa blanca y destruida para luego mirarme e indicarme que entráramos, así lo hicimos los tres juntos. Había demasiados soldados y un aberrante olor que se hacía insostenible, muertos y heridos esparcidos, en mi cabeza me preguntaba: —¿Por qué nos pasó esto? ¿Tanto mal hizo el Paraguay para recibir semejante castigo?, ¿Seguiremos existiendo al terminar la contienda?—. Todo esto se sumaba al deseo de encontrar a mi madre, ver a mi patria destrozada y a borde de la aniquilación era lo que menos necesitaba en esos momentos.

Estaba por rendirme... hasta que divisé a una mujer de cabello negro y lacio que me era muy familiar, estaba parada frente a una ventana observando la tormenta que se avecinaba por el horizonte.

Lentamente me acerqué a esa mujer y, al encontrarme a un paso de distancia exclamé con voz temblorosa una sola palabra:

—¿Madre?

La mujer se dio vuelta inmediatamente y se quedó mirándome dos segundos.

—Alfredo...hijo mío...no puede ser...

Era ella y la había encontrado al fin, después de una larga travesía estaba ahí, no pude contenerme y la abracé.

—Lo lamento tanto Alfredo, no debí marcharme así, es que yo...

—Lo sé madre, no muchas harían lo que tú. Me abrazó más fuerte.

—El ejército hijo, la noche antes de irme ellos se llevaban a la fuerza mujeres para el campo de batalla, ya no había soldados ni enfermeras... te dejé porque no quería llevarte a morir... ay hijo mío... lo siento tanto. En ningún momento nos dejamos de abrazar.

No le guardaba ningún rencor a ella, sabía que sólo quería protegerme. Lucas y Analía presenciaron nuestro encuentro, se saludaron y mi madre los abrazó como si fueran sus hijos. Le conté toda nuestra travesía, mi madre se quedó atónita, luego nos indicó un lugar para que descansáramos y otro para poner la carreta con el caballo, sólo debíamos ir a buscarla primero. Por fin podría descansar, Lucas fue por la carreta y al volver se quedó de guardia, Analía se acostó para dormir, ya todo parecía tranquilo.

—¡Alfredo!... ¡Despierta!... ¡hay que irnos!

Me levanté muy asustado y Lucas me señaló el yerbal en frente nuestro, el ejército aliado se aproximaba rápidamente para atacar Piribebuy.

—¡Alfredo! ¡¿Por Dios que hacemos?! — Lucas se hallaba desesperado, miré hacia la carreta y vi a mi madre junto con Analía tratando de calmar al caballo. Sabía que no quedaba mucho tiempo para salir de ahí. En ese momento una casa que estaba muy cerca de nosotros en pedazos y nos tira a Lucas y a mí al suelo, de inmediato me puse de pie y corrí hacia él.

—Como tú dijiste hay que irnos... vamos a la carreta... ¡de prisa!

Como relámpagos fuimos en dirección a la carreta que ya estaba en movimiento hacia la ruta de tierra, la invasión aliada había tapado cualquier otra salida que no sea un pequeño camino de tierra a quien sabe dónde. Lucas se adelantó y logró llegar a la carreta y subir, yo seguía corriendo y la carreta iba cada vez más rápido, pero Analía me tendió su brazo y con un impulso seguí hasta alcanzarla, me había salvado al ayudarme a subir.

—¡Maldita sea Alfredo! ¿Por qué no corriste más rápido?

—Por Dios Analía... cómo demonios crees que iba...

En ese momento Analía me calla con un beso.

—Tenía miedo de que no llegaras a la carreta. Dijo ella luego del beso, la miré y la abrasé, me había olvidado del combate.

Lucas y mi madre se sumaron al abrazo mientras observábamos cada vez más lejos la cruenta batalla. Paraguayos contra aliados enfrentados desde ya tanto tiempo atrás. Sentía la felicidad recorrer mi interior mientras estaba junto a las personas que más amaba, pero a la vez mi alma se partía en diminutos pedazos al ver mi tierra arrasada por una fuerza desigual, nunca olvidaré

aquel día... dejaba atrás Piribebuy, porque emprendimos camino hacia el chaco.

—Dime abuelo... ¿de dónde sacaste ese cuento?

—Ja ja. No es un cuento, pero cree lo que quieras Emilio. De seguro tu madre te contará la misma historia.

—Pero... ¿cómo pasaron todo eso? Me parece una fantasía—. Llega Analía con dos abrigos de lana que había tejido para su hijo.

—Emilio, ya es tarde ve a dormir.

—Sí, buenas noches papá y mamá.

Mi dulce esposa vino junto a mí para darme un beso, me recordó cuando me lo dio por primera vez en aquella carreta. Sobrevivimos a la guerra luego de aquella batalla y fuimos a vivir de nuevo al sur. Casi dos décadas después mi madre murió de vejez, Lucas formó una familia y se quedaron a vivir en aquella región. En cambio, yo volví a Piribebuy en busca de un hogar junto con Analía y formamos una familia. Le conté a mi hijo la historia de la guerra grande, narrada desde los mismos recuerdos de aquellos que vivimos tal contienda. No sé si me creyó, pero cada uno tiene su opinión propia.

Hasta ahora no me arrepiento de esa travesía. Sufrí al igual que todos los paraguayos, pero de allí saqué lo mejor que tengo hasta ahora. Espero que en el futuro no se repita una guerra como la que tuvimos, pues la vida está para disfrutar y no para morir en el campo de batalla. Plasmó este recuerdo en mi diario, con la esperanza de que mis descendientes lo encuentren y se entretengan con él. Quien quiera que lo esté haciendo ahora... un cálido abrazo.

17 de junio, 1890

## 13

### Un claro en el bosque

*Alvaro Gustavo Almada Vieth*

Mathiu Green y su anciano padre se encontraban muy lejos de su casa cortando leña en medio de un gran y antiguo bosque.

Mathiu, un joven de aproximadamente unos 21 años, ayudaba a su padre en su oficio, que apenas le servía de sustento para su familia. Tenía a su madre enferma y a su padre ya viejo y maltratado por su trabajo.

El día estaba muy claro, esa noche sería la primer luna llena de primavera.

—¡Mathiu!— gritó su padre. —Ve y busca la lima para afilar el hacha.

—¡Ya voy! — gritó el joven, apurándose para evitar que su padre se disgustara.

—¡Apúrate!

—Aquí está, padre.

—¡Ya era hora!, quiero salir lo antes posible de esta parte del bosque, siento como si los árboles nos observaran.

Su padre era un hombre duro, pero de buen corazón, siempre dispuesto a ayudar y a realizar sus labores.

Subiendo, sobre su vieja carreta, Mathiu y su padre se adentraban cada vez más en el misterioso bosque, cuando su padre, por fin, decidió detenerse frente a un gigantesco pino.

—Tendrá aproximadamente unos 300 años, es una lástima que debamos que cortarlo, pero es la única forma- dijo, suspirando.

Levantó el hacha y dio el primer golpe, pero, al instante se escuchó un grave y desgarrador rugido que retumbó en toda la floresta. El viento sopló y todas las copas de los árboles se estremecieron, la tierra se movió como si las raíces de ese árbol se estiraran hacia arriba. Después, de un segundo a otro, todo se volvió en un profundo silencio, era posible escuchar hasta el aleteo de una mariposa.

—¿Qué acaba de pasar?— grita Mathiu.

—No lo sé, pero debemos irnos de aquí.

Las ramas del viejo árbol que el anciano estaba cortando empezaron a tronar, cuando ambos alzaron la mirada y vieron que una gigantesca rama en forma de brazo, bajaba estrepitosa golpeándolos a él y a su padre, lanzándolos en diferentes direcciones y haciéndolos caer a ambos duramente sobre el suelo.

La gran criatura era nada más y nada menos que un Ent, un ser legendario, híbrido entre humano y árbol, protector de los bosques desde tiempos inmemorables.

Salió de la tierra empujando con sus inmensos brazos hacia arriba, se paró erguido frente al padre de Mathiu y dijo:

—Por haber quebrantado la pureza de este bosque, yo te condeno a formar parte de él en forma de árbol por el resto de tus días—.

Al finalizar su maldición sopló un viento helado que trajo consigo cientos de hojas que rodearon al Ent en un gigantesco torbellino de colores, desapareciendo en éste el místico ser.

—¡Padre!— gritó Mathiu intentado encontrar a su padre en medio de la vegetación.

—¡Estoy aquí! ¡No puedo moverme!— gritó el viejo muy agitado.

—¡No siento mis piernas!— dijo al ver que casi toda su parte inferior se estaba convirtiendo en madera.

—¡Tranquilo! Iré a buscar la carreta.

Corriendo de un lado para el otro, Mathiu no pudo encontrar la carreta ni a su caballo.

—No la encuentro por ningún lado— dijo. Había empezado a desesperarse; ya estaba anocheciendo. Fue ahí cuando Mathiu decidió cargar a su padre sobre sus hombros y andar hasta encontrar un pueblo donde pedir ayuda.

Anocheció y la luna brillaba en lo alto, pudiéndose así divisar muy bien el camino. Caminaron y caminaron pero no había rastro de una ciudad ni de la carreta.

Aproximadamente unas dos horas más tarde el pobre Mathiu, adolorido por sus golpes y la carga de su padre cada vez más transformado en árbol, dijo:

—¡No puedo más!—

Arrastrándose, al punto de pronto desfallecer de cansancio, se percató de que estaban entrando a un claro, donde justo en medio

la luna brillaba con una singular intensidad. Los rayos plateados se reflejaban en un pequeño lago situado justo en el medio del claro, que también estaba rodeado por robles gigantescos formando así un círculo perfecto a su alrededor.

—¡Ya no puedo caminar más!— dijo él, dejándose caer sobre la hierba del precioso lugar.

Aún tirado en el suelo pudo escuchar el crujir del césped, y unas ligeras risitas femeninas a su alrededor. Levantando la mirada pudo divisar borrosamente que las jóvenes que se encontraban rodeándolo tenían, todas, la piel de un pálido color verde y el cabello hecho de hojas de los arboles adornadas con algunas pequeñas flores y frutos silvestres.

—¿Quiénes son?— preguntó Mathiu en tono tembloroso al no comprender lo que estaba pasando.

—Nosotras somos las del círculo de Driadas del bosque del norte— habló, imponente, la que parecía ser la líder de todas ellas.

—¿Qué haces aquí humano?

—Mi padre y yo estábamos cortando un tronco cuando de repente se convirtió en un gran monstruo y nos atacó.

—¿Cortar troncos? ¡¿Acaso son leñadores?! — dijo la Driada con tono de enojo, cambiando así de repente su hermoso color verde a un naranja rojizo de un segundo a otro.

—¡Cómo se atreven a perturbar la vida de este bosque!... ¡Váyanse de aquí ahora mismo!

—Pero necesitamos ayuda. Mi padre está herido y además ha sido víctima de una maldición que lo está convirtiendo lentamente en un árbol.

—¡Está bien! Pero nuestra ayuda tiene un alto precio, desde hoy en adelante tendrás que dejar a tu familia y tu oficio para

convertirte en el nuevo protector del bosque, cuidándolo de los humanos, que no piensan nada más que solo en sí mismos sin importarles lo que puedan dañar en su búsqueda de riqueza y poder.

—Está bien... Acepto el precio— dijo el valiente joven al ver que su padre estaba ya inmóvil y casi convertido totalmente en árbol.

—Correcto, ve en medio del claro, y sumérjense, tú y tu padre, en el agua. Nosotras haremos el resto.

Mathiu obedeció, y llevó a su padre con las pocas fuerzas que le quedaban hasta poder sumergirse en las brillantes aguas del lago.

Las Driadas formaron un círculo a su alrededor todas tomándose todas de las manos, y empezaron a entonar una canción en un lenguaje extraño.

Al poco tiempo, Mathiu pudo ver que a su alrededor se alzaban un millar de luciérnagas desde todas partes del bosque. El canto se hizo cada vez más fuerte y las luciérnagas empezaron a girar alrededor de ellos, despidiendo una fuerte luz dorada, que combinada con el agua curativa de ese lago, empezó a revertir la maldición y a curar las dolencias del viejo.

A la mañana siguiente, ambos se despertaron en el césped a la orilla del lago, y a un lado de ellos se encontraba su caballo con la carreta, pero no solo eso, sino que ella estaba llena de apetitosos frutos y frascos con miel.

Justo sobre el asiento del conductor había un pequeño cofre lleno de perlas y plata y en éste, un pequeño frasco de cristal con un líquido dorado brillante, parecido al de la noche anterior.

—¿Qué ha pasado?— dijo su padre atontado levantándose del suelo.

—Todo ha sido solo un mal sueño— contestó Mathiu, con una pequeña sonrisa en el rostro.

Dirigiéndose de regreso a su hogar donde lo estaban aguardando con impaciencia su madre y su hermana, Mathiu le cuenta con detalle todo lo sucedido la noche anterior a su padre.

En la entrada de la ciudad, justo al límite del bosque, Mathiu se baja de la carreta y le dice a su padre.

—Padre, este es nuestro último adiós, dale de beber del frasco a mama para que su enfermedad cure, cuídalas a las dos.

—Está bien hijo— dijo el buen hombre llenándose los ojos de lágrimas.

Mathiu se bajó de la carreta. Caminó justo hasta el límite de del bosque, cuando su padre, le gritó:

—¡Hijo!, estoy muy orgulloso de ti.

Mathiu volteó, sonrió a su padre y se perdió en la espesura del bosque, para cumplir su promesa con las místicas criaturas que en él habitan.

14

## El indio perdido

*Hansi Samuel Mohr Murawczuk*

En cerro león vivía un indio que se apodaba Ysyry. Ysyry nunca conoció la ciudad y nunca vio un auto. Un día, cuando éste salía de caza alejándose mucho de su tribu, llegó a una clase de río. Cuando quiso sacar agua para lavarse la cara se encontró con un líquido áspero y negro. Con temor, lentamente, fue pisándolo. Al tocarlo se dio cuenta de que era duro y ardía.

Al mirar a lo lejos, ve una choza muy rara, decide aproximarse para ver si otra tribu habitaba ahí. Al llegar al lugar todo le parece muy extraño, las personas vestían del pelaje de animales de colores que nunca había visto y algunas de estas personas tenían colgado por su cuello una cola de zorro. El indio no entendía nada de lo que estaba pasando, era diferente para él.

Al aproximarse a una de las cosas ve que hay cosas que él nunca había visto. Cuando intenta tocar una de ellas choca con algo muy raro, y éste se pregunta qué clase de magia negra era eso. En la parte de adentro había objetos muy brillantes que se parecían a oro y plata, se preguntó para qué usarían las personas esos

objetos. Al ver que una de las personas que tenía algo semejante de lo que había dentro de la choza en su brazo decide preguntar.

—Mba'e pe regurekova nde jyvare—. pregunta el indio.

—¿Qué querés?— pregunta el hombre.

El indio se sorprendió porque el hombre decía palabras que él no entendía, entonces decide huir.

Al caminar más, escucha un ruido y se asombra porque ve a una persona dentro de un animal de color muy brillante, rugía muy fuerte, sus pies eran redondos y giraban. Largaba gases negruzcos con un olor desagradable. Ysry atemorizado sale corriendo y decide nunca más volver a un lugar así.

Después de contárselo a sus padres. Ellos, al oír la historia, no creen a su hijo y le solicitan que le muestre el lugar. Él, de tanto miedo que tenía, no se atrevía a llevarles. Nombra ese lugar como la tribu de Avapaje.

15

## El paseo

*Natalia Verónica Segovia Riveros*

Ese día nos habíamos levantado temprano. Papá me había dicho que iríamos de paseo a Ciudad del Este, por lo tanto, tendríamos que madrugar. Yo, con solo pensar en ello, no pude dormir en toda la noche.

Esa madrugada era fría, y había niebla, solo papá y yo estábamos en la parada de colectivos, esperando. Luego de un rato llegó el autobús.

Por la ventana podía ver los diferentes paisajes que se dibujaban en las primeras horas de la mañana; campos, árboles y ciudades que se establecían sobre la ruta. Dentro del colectivo, una mezcla de olores me irritaba la nariz; quería llegar, no aguantaba estar encerrado. Cuando sentí que estaba a punto de vomitar, papá me indicó que era hora de bajar.

No recuerdo mucho de nuestra llegada. Subimos a un bus para trasladarnos al centro, como tantos otros, estaba lleno de pasajeros que viajaban apretujados dentro de la vieja carcacha. Papá me tenía de la mano.

Tanta gente extraña dentro de ese colectivo, rostros de gente apurada que hablaba por teléfono, gente conversando, gente gritando. Lentamente me perdí en los detalles del lugar; después de todo, nunca había ido de paseo, nunca había salido de casa. Por eso me encantaba ver todo esto y mezclarme en una gran ciudad. A la vez de la emoción, sentía gran ansiedad porque ¿qué haría un niño pequeño como yo en un lugar así?, pero estaba con papá no tendría que temer, él estaba conmigo, siempre me protegía de todo.

Él cuidaba de mí desde que recuerdo, nunca hablábamos mucho, nos comunicábamos más con acciones, siempre preparaba mi desayuno antes de salir y veía que esté bien abrigado. Por las noches recuerdo como me arropaba para que pudiera dormir calentito, y cuando me levantaba ponía a calentar mis zapatos frente al brasero para que no estén muy fríos cuando me los pusiera. Papá era un hombre fenomenal. Aunque ahora que teníamos alguien nuevo en casa las cosas iban cambiando.

Hace unos meses papá trajo a casa a una mujer, ella se encargaba de cocinar y de limpiar, los primeros tiempos no se quedaba a dormir con nosotros, luego ya se fue adentrando en nuestra casa y en nuestra pequeña rutina.

Papá ya no compartía su tiempo solo conmigo sino también con ella. Cuando me dijo que iríamos de paseo a Ciudad del Este solo nosotros dos, me sentí tan feliz, sería como retomar un poco de nuestra antigua rutina de hombres.

El colectivo se detenía a veces subiendo gente otras veces bajándolas, así me fui yo sumergiéndome en mis pensamientos añorando los días en que solo éramos papá y yo, hasta que de repente ya no me estaba sujetando. Desesperadamente comencé

a buscarlo por el pasillo del ómnibus entre el mar de gente. Al no encontrarlo por ningún lado rompí en llanto:

—¿Papi, donde estás?, ¡papi!, ¡papi!— lo llamaba mientras me mezclaba con la gente. Pero nada, ni una señal de él.

La gente del ómnibus ni se inmutaba con ese espectáculo, nadie me ayudaba, todos se encontraban inmersos en su propio mundo, tal vez en esa ciudad tan grande era muy común ver a niños de 4 años llorando en un colectivo llamando a su padre.

Entonces decidí mezclarme entre la gente que bajaba, tenía la esperanza de que lo encontraría buscándome por las calles. Me senté en la parada sobre un banquito de madera, hacía frío y de pronto comenzó a llover, me acurruqué y apoyé la cabeza en las rodillas para que nadie me viese llorar, tenía la esperanza de que si imaginaba que él estaba cerca pronto lo oiría llamándome.

Pero el tiempo transcurría y nada de eso se hacía realidad. Tenía hambre, de pronto pude oler el aroma del puesto de choripanes cercano, ¡cómo quería uno!

Vi como unos niños, que pese al frío, solamente calzaban zapatillas, todos con chalecos amarillos y un fajo de diarios bajo el brazo, se acercaban al puesto de venta y compraban su almuerzo. Uno de ellos se me acercó y empezó a hablarme.

—Hola mitã'i, ¿y a vos que te pasó, porque estás llorando así?

Con la garganta toda enredada por el llanto apenas pude formular la respuesta.

—No encuentro a mi papá, estábamos en el colectivo y después él desapareció.

El niño quedó callado, debía de ser algo común, me pasó el choricán que tenía en la mano y me dijo:

—Tomá, seguro tenés hambre. Yo me llamo Juan, ¿y vos?

Sin pensar dos veces le arranqué el alimento y mientras mordía le dije:

—Yo soy Ramón.

Juan me comenzó a hablar e hizo que le contara lo que me había pasado. Yo sabía que él me podría ayudar, pero de pronto lo dijo... sus palabras me daban vueltas en la cabeza... “¿Y si tu papá quería soltarte luego en el colectivo, si quería que te pierdas de él?”. Yo sabía que papá no era así, yo sabía que él no me iba a dejar, yo era su compañero de juegos, su hijo. Entonces, ¿por qué dudaba?

De repente recordé algo de la noche anterior, era papá cargando mi ropa dentro de una mochila, ¿lo habré soñado?, ¿será que en serio la mochila que papá trajo hoy en el viaje contenía mi ropa?, ¿y si papá estaba planeando abandonarme?. Las dudas se clavaron en mi arrancado más lágrimas de mis ojos. Mi papi nunca me haría eso... o tal vez ¿sí?

Según Juan era muy común que los padres abandonen a sus hijos, a él mismo le había pasado. Su madre lo había olvidado en un súper, ahora vivía con su abuela y trabajaba de canillita para ayudar con los gastos de la casa. Tenía miedo, no quería pensar que como a Juan, también me habían abandonado.

De pronto a lo lejos entre la copiosa llovizna divisé una silueta, las gotas se le escurrían por los cabellos y ahí estaba, venía corriendo

hacia mí, era mi papá, me había encontrado y estaba ahí. Lo abracé fuertemente como nunca y volví a sentirme seguro.

Papá agradeció a Juan por cuidarme y le dejó un poco de dinero. Seguíamos en la parada. La temperatura bajaba, de pronto un coche negro se estacionó al lado y al bajar la ventanilla nos invadió un aroma a vainilla. Desde allí una mujer le habló a papá

—Gracias a Dios que lo encontraste Francisco, ahora súbense, empieza a refrescar y el nene se puede enfermar.

Subimos al auto de la misteriosa mujer, ella se mantuvo seria y me miraba por el retrovisor. No decía nada, hasta que papá se dio la vuelta y me dijo.

—Ramón, ella es Luz, tu mamá.

Esas palabras me abrieron los ojos como platos, siempre había soñado con su cara, nunca me la imaginé de esa manera. La mamá que tenía enfrente era una señora con lentes oscuros, cabello negro y lacio recortado con un flequillo recto que le escondía la frente, nunca pensé que una señora tan llamativa fuese mi madre.

—Sí Ramón yo soy tu mamá, por cosas de la vida no nos pudimos conocer bien, yo tenía que estudiar y no podía hacerme cargo de vos, sos muy chico todavía pero ya vas a entender. Además ahora que vas a vivir conmigo vamos a tener mucho más tiempo para hablar.

Las palabras de la señora me dejaron en shock, ¿cómo piensa que un niño podría asimilar tanto en un día? Después de todo en serio mi padre me iba a abandonar...

—Luz, todavía no le dije nada a Ramón, pero es cierto hijo, yo ya no te puedo tener, lo siento, te quiero mucho pero ahora es más difícil.

Desde ese momento quedé en *stand by*, ya no recuerdo mucho de ese día, lo que no borro de mi mente es la mirada de mi padre mientras se alejaba de mí en la terminal.

Tiempo después me enteré que falleció, papá estaba enfermo, no me podía cuidar más, ahora que soy un hombre lo entiendo, y le doy gracias por acompañarme en los primeros años de mi niñez, nunca lo olvidé y siempre lo extraño, lo recuerdo con cariño cada día y cada vez que abrazo a mi hijo, me veo reflejado en él y lo que sentía cuando yo lo abrazaba.

## 16

### La última página

*Débora Myriam Casco Ledesma*

“¿Podría ser cierto? Acaso la felicidad solo era un momento tan efímero, donde la risa puede llegar a ser tan ligera que ni el mismo aire la sienta. Y tal vez, eso es lo peor, que cuando lo has perdido todo, ese es el único momento en que te detienes a pensar; en todo lo que hiciste y ya no necesitas un infierno, porque estás en él y no hay forma de salir; el tiempo ya acabó.”

—Por Dios, Clayre tienes 17 años eres casi una adulta, no puedes seguir actuando como una inmadura.

—¿Inmadura yo? ¿Y qué es ser madura papá? ¿Meterte con una chica de 25 años que podría ser mi hermana?

—Eres una insolente, di mi vida por ti, pero ya eres grande y desde ahora vas a comportarte como tal.

—¿Qué demonios quieres decir?

—Tienes que irte.

—¿Estás eligiendo a esa mujerzuela antes que a tu hija?

—No la estoy eligiendo, pero yo rehíce mi vida, es tiempo de que tu busques tu camino.

—¿Qué comeré? ¿Dónde viviré? ¿Y mis estudios?

—Si quieres comer, te sugiero conseguir un trabajo.

—¡Te odio! ¡Ojala tú te hubieras muerto y no mamá!— grité y corrí a mi habitación. Entré precipitadamente y agarré uno de los bolsos de viaje y comencé a tirar toda la ropa que podía caber dentro.

—Ya me voy, no quiero pasar la noche acá.

—A estas horas no podrás conseguir un cuarto hija, quédate.

—¿Para qué? ¿Para qué mañana me echas? No, gracias— dije saliendo de la casa como si hubiera ganado algo, cuando en realidad ahora era nadie.

Busqué a tientas mi teléfono y marqué el número de la única persona que me ayudaría.

—Hey, amor tuve un problema con papá y necesito quedarme contigo.

—¿Qué? Con problemas de tus viejos yo no me meto.

—¡Pero me echó de la casa! No tengo a donde ir.

—Lo siento...Ya arreglé con mis amigos, ellos vienen hoy.

—Pero, ¿qué diablos haré?

—Llama a alguna de tus amigas.

—Oh! gracias por tu ayuda— dije sarcásticamente y colgué.

Mi madre había muerto hace 5 años de un tumor, fue algo sorpresivo para mí, solo la veía llorar y no sabía por qué, necesitaba desesperadamente ayudarla, pero todo lo que me decía era que había tenido un mal día. Un día papá me envió a la casa de mis abuelos para quedarme unos días. Y entonces mamá había hecho un "viaje" a un lugar mejor, eso fue lo que me dijeron, pero yo sabía que ella no volvería jamás. No pude soltar una sola lágrima, me enfurecí con ella, con papá, con mis abuelos por formar parte de esto y no dejarme despedirme. Me encerré en mi habitación y golpeé las paredes hasta que mis nudillos se tornaron azules, grité hasta quedarme sin voz, dejé de comer por días.

Me acosté en una de las bancas del parque, hasta que mis ojos comenzaron a pesar demasiado como para lograr mantenerlos abiertos. Desperté por la incesante vibración que provenía de mi teléfono.

- ¿Hola?— respondí a gatas y con una voz carrasposa.  
—¿Corazón dónde estás? te estuve llamando— escuché al otro lado de la línea la voz furtiva de Mía.  
—En... En...— dije confundida mirando a todas las direcciones  
—¿En el parque?  
—¿Qué haces ahí?  
—Solo tuve problemas con mi padre.  
—Oh ya entiendo, ven a mi casa— dijo y una esperanza con una mezcla de resignación comenzó a vibrar en mi mente.  
—No quiero molestarte.  
—¡Claro que no! Es más paso por ti en media hora.  
—Okay, adiós— dije mientras un suspiro brotaba de mí. Solo me tocaba esperar.

La luz de una farola cegó mis ojos, levante la vista y vi un carro aparcado frente a mí. Me levanté a cuestas dispuesta a subirme al auto y salir de ese lugar.

- Hola mi vida, te extrañé.  
—Hey hola, yo igual— dije simulando una sonrisa en mi rostro.  
—Espero que estés lista para la mejor fiesta de tu vida.  
—Creo que fue un día largo y acabo de ser desheredada, solo quiero dormir.  
—De ninguna manera, ahora estamos juntas y no te permitiré estar así.  
—Solo un rato ¿Ok?  
—Como digas.

Horas más tarde me encontraba puesta en un diminuto vestido azul dirigiéndome a una fiesta. Al llegar a ella supe que solo quería salir de ahí, podía oler el alcohol desde el jardín, los adolescentes tirados en algunas bancas, otros vomitando entre las plantas, esas flores que tal vez fueron cuidadas con tanto esmero ahora eran una cubeta de vómito y alcohol.

—Juguemos el reto de los chupitos— dijo Mía eufóricamente arrastrándome hasta la barra sin dejarme hablar.

—¿Qué les puedo servir señoritas?

—Queremos hacer el reto de los chupitos.

—Es simple nosotros elegimos la bebida o las bebidas en cada chupito, si logran aguantar se llevan el dinero, sino pagan el doble— dijo mientras mezclaba algo. —Muy bien, aquí tienen.

—1, 2 y 3 ¡Fondo!— dijimos al mismo tiempo mientras tapaba mi nariz y me acababa el vaso.

Un ardor profundo corrió por toda mi garganta y se mantuvo la esencia por un largo rato.

—¡Otro!— grito Mía.

—¡Hey! Clayre podrías ir por el bolso de Mía al carro— dijo un chico del cual nunca supe nada.

—Claro, ahora voy.

Salí de la fiesta y comencé a tambalearme hacia la calle, no recordaba bien donde habíamos dejado el auto. Los faroles se encontraban apagados y eso solo dificultaba mi búsqueda, forzaba a mi vista para no caer al suelo, entonces vi el auto a lo lejos. No sé qué estaba pensando, solo corrí a él, estaba cansada de caminar. Escuché un sonoro ruido de frenos y cuando gire hacia la izquierda pude ver el rostro aterrado del conductor y lo siguiente mi cara estrellarse contra el vidrio. Desperté en cama, pero no era la mía, no estaba mi padre, no estaba mamá, solo estaba el doctor.

Así fue como acabó mi fatídico día, y mi fatídica vida, al darme cuenta que ya no volvería a moverme.

17

## La vida

*Agustina Belén Castillo Giménez*

Don Bienvenido siempre fue una persona muy luchadora y soñadora, al cual, desde pequeño, su abuelo Don Anastasio lo llevaba a otro lugar con sus cuentos y sus historias, historias de las guerras, de lo guapas que fueron las mujeres y los hombres durante aquella época de tanto sufrimiento. Su abuelo siempre lo preparaba para luchar contra las adversidades que presenta el universo y para recorrer el camino más largo la vida.

Mientras que Bienvenido luchaba por su vida en un cuarto de hospital, estando en sus últimos días, ya que tenía una enfermedad denominada miastenia, recordó una de las tantas historias que su abuelo le había contado, y se acordó muy bien de una parte:

—Che ra'y... la vida no se trata de cuanto tengas en lo material, ni cuanto logres adquirir... Con el paso de los años vas a ir dándote cuenta de que lo único que al final importa es cuantos corazones has ganado con el tiempo, cuanto cariño has recibido y has dado, la alegría en pequeños detalles, y por sobre todo la salud y los motivos que Dios te da para seguir luchando por tu vida.

Luego de haber recordado eso, Venido cayó en un profundo sueño, estando rodeado de su esposa, hermanos y seres queridos en sus últimos días... Al caer en ese estado de "coma", y tras un largo silencio, de pronto él se encontraba sentado en un banco, en un patio muy grande rodeado de verde pastos, de niños correteando de aquí para allá y personas felices... Donde de pronto se le acercó un señor, a quien el no reconoció.

—Mbaeichapa don Venido ¿me puedo sentar con usted?

Sorprendido don Venido respondió que sí... luego de un largo silencio, decidió romperlo y pregunto al hombre quién era.

—Vos no me conoces che ra'y, pero antes, cuando vos eras criatura tu abuelo Don Anastasio siempre te contaba historias sobre mí y te hacia ver el mundo con otros ojos, usándome como ejemplo.

Don Venido rebuscó en su memoria, en lo más profundo de su ser, y dado un momento el recordó que su abuelo siempre le contaba cosas del gran Roa Bastos, un hombre soñador, luchador, y siempre lo usaba como ejemplo para que el de grande lo tenga presente en su vida y se convierta en un defensor de sus sueños e ideales.

—Ah... Si... y vos *piko* que haces acá? — preguntó curiosamente don Venido a Roa.

Él, con una amplia sonrisa, le explicó que quien había ido de visita al cielo era el, esa visita era una de las tan ansiadas por Roa, pero según él lo veía... Aquella visita no duraría mucho y que se había reunido justamente con él ya que su abuelo se lo había pedido...

—Mira *che ra'y* vos viniste acá solo de visita, aun no te vas a quedar, y como tu abuelo siempre te hablaba de mí y de mis historias, creyó que yo era el indicado para decirte que todavía te queda mucho por luchar y recorrer. Andá *che ra'y* y quedate allá abajo a ver crecer a tus nietos, a contarles mis mismas historias, a leerles un libro y a gozar de la vida.

Don Venido quedó atónito por lo que había escuchado, pero incapaz de decir palabra alguna, solo se dedicó a escuchar y a asentir, estaba algo confundido con lo que estaba escuchando y a la vez sorprendido porque luego de un lapso de tiempo, llegó a la conclusión de que él, estando en aquel hospital, no solo había caído en sueño si no; había hecho una visita al cielo, literalmente muriendo por un tiempo, quien sabe cuánto tiempo.

Entonces Roa empezó a contarle cómo había iniciado su pasión por escribir sus libros, de su exilio y de cuanto anheló día a día estar con su familia, durante el tiempo que estuvo fuera de su hogar, de su patria tan querida y cuán difícil le fue vivir en un lugar totalmente diferente al que él se había criado. Entonces, animó a don Venido a que luche por su vida, que en sus manos está tomar la decisión de seguir viviendo o no, y que lo bien vivido nunca se lo quitará nadie, ni a él ni a su gente *kuera...* y dicho eso, Don Venido fue despertando de a poco.

Tres de ellos vinieron de Buenos Aires, y los demás que estaban cerca acudieron a verlo. La familia estaba ya preparada para lo peor, su esposa e hijos lo único que hacían era llorar, pero don Venido siempre con esa sonrisa tan propia de él, les dijo:

—Acérquense... No quiero que estén tristes, no se deben preocupar por mí... En este viaje tan largo, decidí hacer grandes

amigos, disfrutar de mi bella esposa, y pasar días espectaculares con mis hermanos.

Anieteke peñeñandu vai che rehe, Ñandejara siempre oi ñanendive, ha oi che ndive... Porohaihu eterei, ha poroagradeceteiko la pejapoa che rehe, siempre están muy unidos para mí y nunca me dejaron solo. Pero como dijo mi gran amigo Roa, lo bien vivido nunca me lo va a quitar nadie, ni nada. No se preocupen, que una vez más, Dios me da la oportunidad de seguir luchando, y de esta voy a salir, gracias al apoyo que ustedes me brindan y gracias a la fuerza que me queda, todavía tengo un largo camino que recorrer.

Nadie fue capaz de pronunciar palabra alguna, solo se escuchaban sollozos y en el aire se sentía una gran tristeza, y alivio a la vez. Escuchar esas palabras tan duras y saber que él tiene razón, a la mayoría le rompió el corazón. Pero cuando escucharon que el seguiría luchando, una vez más, la fe es lo último que perderían.

Todos oraban y ponían en manos de Dios la vida de don Venido, pero una sobrina suya, que entendió a qué quería llegar su tío con lo que había dicho, comprendió que hay que dejar de preguntarse el porqué de las cosas y también entendió el dicho de su tío, “lo bien vivido, no te lo quita nada ni nadie”. Apoyándolo, todos se acercaron más y dieron gracias a Dios por aquella oportunidad, que unió aún más a la familia.

18

## Mi fiel amigo

*Lady Laura Báez Méndez*

Era un día como cualquier otro en la bella ciudad de Santa Rosa, el sol radiante, los árboles meciéndose a causa del viento y los pobladores trabajando en el campo. Anabel, una pequeña de 9 años, iba caminando por el parque cuando de repente se encuentra con tres amigos y deciden jugar mbopa kañy (a las escondidas). En el centro de la plaza se encontraba el tronco de un árbol cortado el cual era bastante grande, lo suficiente como para que Anabel pueda esconderse allí adentro.

Anabel ingresa dentro del tronco y escucha a Pepito contar de fondo.

—Uno, dos, tres...

Lo que Anabel no esperaba era encontrar dentro de aquel tronco un pequeño libro, estaba justo ahí entre las paredes del tronco, veía claramente un título “Che rekove”. El libro estaba algo sucio, sus bordes sobresalían entre aquellas paredes del tronco,

entonces ella empezó a remover con sus uñas hasta lograr retirar aquel libro.

—¡Te encontré Ana!—. Pepito gritó vigoroso.

Grande fue el susto que se llevó Anabel al ver a Pepito mirándola desde la cima del tronco. Prosiguió a contestar:

—Ya es tarde Pepe tengo que ir a casa o mamá se va a enojar.

—Está bien Ana, ya es tarde. Pero, ¿qué es aquello que llevas en la mano? ¿Encontraste un tesoro escondido?

—No Pepe—, contestó haciéndole una mueca. Mejor me voy a casa para leer lo que encontré en aquel tronco sucio.

—AAAAAAHHH ¿encontraste también aquel libro? Yo también lo había encontrado pero no pude sacarlo, además me parecía aburrido— contestó impetuoso.

—Chau Pepe, mejor me voy o empiezas a decir muchas mentiras como siempre.

—Chau Ana. ¿Qué dices? Yo no soy mentiroso.

Ana se marchó y al llegar a su casa lo primero que hizo fue tirarse sobre su cama y hojear aquel libro. Grande fue su sorpresa al notar que su interior estaba intacto.

—¡Pensé que estaría llena de moho! — exclamó sorprendida.

Las letras estaban algo claras pero eran visibles. Anabel empezó a leer aquel libro tan misterioso que empezaba así.

Lunes, 21 de febrero de 1870.

Mi nombre es Sol y tengo 8 años, soy de piel morena, mi cabello es negro y mis ojos color café. Escribo en este diario para poder compartir mi historia contigo. Vivo al sur del Paraguay, en una zona

rural. Actualmente todo es muy difícil por la guerra contra Uruguay, Argentina y Brasil, pero aún estamos a salvo, mi familia y yo.

Cerca de mi casa hay un bosque y en lo profundo de él, entre las malezas, se encuentra un pozo, pero mi abuela “Lita” dice que no debemos de acercarnos a aquel pozo porque en él viven monstruos, que salen a pasear por las noches. Al principio no le creí, Lita ya tiene bastante edad y seguramente ya estaría alucinando con tal cosa. Pero los aldeanos no son nada tontos como para creer en las barbaridades que dice Lita, ellos se mantienen alejados del bosque prohibido y todos dormimos apenas se oculta el sol. Ellos dicen haber visto una figura tan grande como una montaña, peluda como una oveja y que rugie como si fuera un león. ¡Qué miedo! Tan solo pensarlo me eriza la piel.

Pero hoy decidí investigar por mí misma, dejando de lado las supersticiones de Lita. Ya soy grande; después de todo, ya cumplí 8 años y tengo que ser valiente en estos tiempos. Esperé que sea de noche, cuando todos durmieron salí por la ventana de mi habitación silenciosamente, seguí un camino pequeño y estrecho que iba directo hacia aquel bosque. Era una noche tibia y abrazadora como de costumbre, alcé mi vista hacia el cielo y las estrellas resplandecían, mientras que la luna, era enorme y brillante, no se necesitaban lámparas porque la luna alumbraba mejor que ellas.

Llegué al bosque y alrededor había cercas con púas, pasé en medio de ellas y continúe adentrándome en el bosque, se oían a las lechuzas ulular y entre los dedos de mis pies sentía el rocío fresco. Mientras más caminaba hacia el centro del bosque se volvía más oscuro, las nubes comenzaron a cubrir la luz que

irradiaba la luna, pero igual seguí caminando hasta llegar al pozo y allí, delante de mis ojos, estaba lo que tanta curiosidad me causaba; “aquel pozo”. Caminé directamente hacia él y asomé la vista poco a poco en sus profundidades, no podía creer lo que estaba viendo.

Martes, 22 de febrero de 1870.

No sé cómo, pero desperté a orillas de un arroyo, el sol empezaba a asomarse entre los cerros, miré a los alrededores pero no había ni rastros de lo que había pasado en la noche ¿A caso solo fue un sueño y caminé hasta aquí? Pero tampoco soy sonámbula. Así que solo me limité a volver a casa antes de que alguien se diera cuenta que me había escapado durante la noche.

Al llegar a casa seguí pensando y tenía dudas de si lo que había pasado era real o un sueño, porque no tenía ni siquiera un rasguño como para decir que había visto una bestia salvaje saliendo de aquel pozo. Pero de algo estaba segura, ya no volvería a ese lugar ni loca.

Miércoles, 23 de febrero de 1870.

Al oscurecer escuché unos cañones y gente gritando desesperadamente. Papá nos metió bajo una mesa y con mi abuela Lita quedamos con mucho miedo, mientras papá salió afuera a ver que estaba pasando. Pero el tiempo pasaba y solo se escuchaban cañones, disparos, gente gritando y papá no volvía, la casa empezó a incendiarse y tuvimos que salir con Lita corriendo de ahí.

Al salir no pude creer pero mi pueblo se convirtió en un campo de batalla, estaba viviendo en carne propia lo que sería una guerra, “La guerra grande”, para ser precisa, llegó a mí lo que tanto temía.

Sin pensar dos veces Lita me agarró del brazo y corrimos hacia el bosque.

Nos adentramos en el bosque. A diferencia del pueblo, el bosque irradiaba paz pero yo sabía que eso no sería por siempre, porque al ocultarse el sol aparecería de nuevo aquella bestia salvaje que podría lastimarnos a mí y a Lita.

Con mucho cuidado fuimos con Lita al lado de un árbol a recostarnos, poco a poco el cielo se tornó oscuro, las estrellas resplandecían y todo me recordaba a aquella noche en que vi a la bestia. Todo se esclarecía en mi mente y allí fue cuando me di cuenta que fue real todo aquello que pasó. Tenía mucho miedo pero me acurruqué entre los brazos de Lita y quedé profundamente dormida.

Jueves, 24 de febrero de 1870.

Al despertar todo estaba tranquilo en el bosque, por suerte, la bestia no apareció. En el pueblo la batalla aún continuaba, entonces decidimos con Lita quedarnos en el bosque hasta encontrar un lugar más seguro.

Aquella tranquilidad no duró mucho, entre las malezas apareció un hombre bastante alto con traje de soldado y unas botas que le llegaban hasta las rodillas, los cabellos en su cabeza eran escasos pero tenía un largo bigote.

Entre los árboles me escondí y apenas asomaba la mirada hacia aquel soldado, cuando de repente desapareció de mi vista y me topé con que estaba atrás mío. Lita me tomó de la mano y empezamos a correr, aquel soldado quería tomarnos como prisioneras pero Lita y yo no nos íbamos a dejar. Nos perseguía a

toda prisa por el bosque con una espada en la mano, sus pisadas eran como golpes fuertes que retumbaban en mis oídos. Yo estaba desesperada, veía a Lita frente a mí y estaba bastante cansada, sentía el sudor en mis manos y como mi corazón palpitaba. Llegamos al centro del bosque y Lita me arrojó al pozo para que aquel soldado no me encontrara. Dentro del pozo escuchaba que el soldado amenazaba a Lita con un extraño acento, no sabía que me daba más miedo, si el soldado extranjero o la bestia que podría llegar al pozo en cualquier momento. El soldado se llevó a Lita mientras que yo quedé atrapada en aquel pozo frío, la noche llegó y yo aún no podía salir. Fue entonces que sentí entre mis dedos un pelaje bastante suave y un aliento asqueroso, no había duda la bestia estaba aquí conmigo y yo ni siquiera me di cuenta; me impulsé sobre él y logré salir, al salir escuché un enorme rugido y la bestia salió del pozo, aquel monstruo era un enorme oso pardo, saltó hacia mí y puso sus garras sobre mi hombro, cerré mis ojos esperando lo peor y mi rostro quedó empapado con saliva, ¡ME LAMIÓ!, abrí los ojos y era un tierno cachorrito color marrón como el chocolate.

Estaba sorprendida, luego vi al cachorrito transformarse de nuevo en un oso y me habló:

—Yo puedo ayudarte a rescatar a tu abuela, yo sé dónde está— dijo la bestia con una voz grave.

—Entonces ayúdame a recuperar a Lita— respondí con entusiasmo.

—Está bien, pero hagamos un trato. Si rescatamos a Lita, debes llevarme a vivir contigo, quiero tener amigos—. La bestia sonaba algo triste.

—Acepto, pero tendrás que ser de nuevo un cachorrito cuando vayamos a casa para que nadie se asuste. Te llamaré Chocolate.

Chocolate sonrió y se inclinó ante mí, monté en su espalda y fue corriendo a una cueva. La cueva era húmeda y al fondo se veía una luz tenue, encontramos una puerta y salimos por allí. Me encontraba en el pueblo, no era como yo lo recordaba, tenía una apariencia triste a causa de las batallas, estaba vacío. Chocolate me llevó por un túnel y allí estaban todos los ciudadanos encerrados, entre ellos, mi papá y Lita. Busqué las llaves para liberarlos de sus celdas, el guardia estaba dormido en una silla y en su cinturón pude observar como colgaban las llaves, me acerqué silenciosamente y las tomé, liberé a todos de sus celdas. Unimos fuerzas y espantamos a los extranjeros de nuestro pueblo y poco a poco volvimos a restaurar nuestros hogares.

Lita y papá estaban muy felices porque además de ser liberados teníamos una nueva mascota “Chocolate”.

Chocolate es un perrito muy feliz en casa, pero decidimos guardar el secreto para no espantar a nadie, en las tardecitas solemos pasear por el bosque.

Mi diario lo he enterrado junto a un arbolito cerca del pozo, espero que algún día alguien pueda leer mi historia y la de mi mejor amigo que me enseñó a no temerle a lo desconocido y a no dejarme engañar por mis ojos, que la bondad se encuentra en las acciones y que la vida nos puede dar amistades que nunca hubiéramos imaginado tener.

Anabel terminó de leer el diario y con un cálido suspiro se recostó en su cama y durmió contenta al saber cómo terminaba la historia, con ansias esperaba poder contársela a sus amigos.

19

## Prolongación de un Pensamiento

*Guadalupe López Báez*

Basta una persona para escribir una historia de amor, pero se necesitan más para hacerla realidad.

Es muy tarde. Un millón de ideas se me acercan sigilosas pero desordenadas, y no puedo evitar plasmarlas.

El ser humano es egoísta por naturaleza, y yo, solo soy otro ser humano. Inhibida tal vez por el exceso de algunos, que resultan ser mayoría. Caras ambiguas cuyas facetas pelean por el reconocimiento a mayor deslealtad. Deslealtad al mundo entero, porque a pesar del poder que nos da la ciencia, seguimos viviendo en una sola esfera: algunos creyendo en la soledad de esta y otras/os, más visionarios, creemos en la infinidad de posibilidades que la galaxia nos presenta.

Llevo adentro una chispa extraña que se enciende y se apaga. Es un faro. Es intermitente. Cuando la chispa está alumbrando, suelo verme en situaciones de incoherencia e irónicamente, oscuridad.

Ahora podéis notarlo; me estoy dejando llevar y al dejarme llevar los sentidos se alteran. Pero, al fin y al cabo, qué significa todo ese discurso de sensatez que la gente intenta presentarnos. Qué van a decirnos, o acaso no son ellos igual de inseguros.

Luego de días de meditación en tercera persona me pongo a escribir. Me gusta la fluidez y claridad con la que manejo la situación. Atraviéndome a decir que nunca antes me pasó algo así. Es como levitar en una nube de humo.

Empecé a leer una biografía. Afortunadamente o no, el protagonista se vio en algunas de mis situaciones alguna o varias veces. Leerlo me hace no temer al qué dirán. Ni siquiera lo harán, porque esto es más para mí que para el resto.

La música suena: gracias genios del sonido por hacer posible la alteración de sentimientos con simples ruidos que forman melodías. En estos tiempos de agitación, que no son más que una copia de lo que ha venido siendo el desarrollo de la vida a lo largo de los siglos, es bueno desconectar, apagar todo por tres minutos, pero despertar luego porque ese egoísmo del que antes hablé no debe carcomernos. Todo es regularmente irregular, es decir, la constancia del caos se mantiene estable. Aunque siempre están esos puntos de inflexión en los que la regla es un simple chiste. Cerrar los ojos a sabiendas de los eventos frente a nosotros es un mero signo de hipocresía, y esta, para los que no estamos seguros de qué viene después del último suspiro, puede afectar levemente a un ser humano en el transcurso de su vida, pero nada más. Así que la hipocresía y todos los anti valores no significan nada porque son inevitables y no hay castigo alguno para ellos. Real al menos, porque los actos cometidos podrán borrarse de nuestras memorias, pero no por ello dejan de haber sido cometidos.

Dejémonos de tantas vueltas.

Siento tristeza por infinidad de cosas. A veces es breve, otras me deja en vela toda la noche. A mí, la vida también me juega malas pasadas. El hecho de estar escribiendo esto podría ser un ejemplo de ello. Pero hay personas que reciben embestidas. No es la primera vez que lo pienso, pero sí la primera que lo escribo: por qué no debo yo sufrir igual que muchos, mi capacidad de distracción hace que sea más fácil para mí comprender nuestra debilidad ante el destino, aun sintiendo yo impotencia que otros no sienten. No las sienten porque piensan en recompensas divinas, que tal vez sí existan, créanme, quiero que existan, cada uno debe ser puesto en su lugar, pero la realidad es que no hay verdad hasta que la misma decida mostrarse.

Pienso en todo eso, pero como dije no soy más que un ser humano egoísta, y cuando se me pasa la melancolía y toda la onda pensativa, me quejo. No tanto como otros, pero lo hago, y no solo olvido muchas veces valorar esto que soy, sino que pido más olvidando a esa gente desafortunada en cuyo lugar quise estar una noche de pensamientos profundos. Aun así, dentro de todo, lo que obtengo es por trabajo o por suerte, no por petición.

Es ahora cuando toda esa ligereza en la escritura se va esfumando, porque la inspiración es más corta que un expreso a la mañana. Pero no quiero dejar de hacer alusión a otras cosas que definen lo que leéis.

Si os preguntáis por qué comencé este relato con la frase que está al inicio, bueno, vino a mi mente y me gustó. Creo que describe a la perfección a lo que se reduce la vida: el amor. Porque si bien este puede ser tóxico o dañino a veces, todo, absolutamente todo lo que hacemos, termina siendo por amor. Tangible o intangible,

objetivo o subjetivo: si le buscamos la vuelta, encontraremos el motivo que mencioné.

Increíblemente para los que me conocen mucho, o creen hacerlo, algo de romántica tengo. Supongo que es una cualidad que viene de regalo con cualquiera que, aunque sea de vez en cuando, siente la necesidad de retratar de una u otra manera lo que siente. Ser romántica no significa estar enamorada, sino ver belleza y oscuridad en sitios donde otros no verían nada. Es un simple aprecio extra, feliz o infeliz, a situaciones, personas o cosas.

Admito que prefiero la soledad y disfruto en ella, pero hasta donde sé, soy mentalmente estable (si es que alguna persona puede serlo de verdad) y también siento la necesidad de relacionarme, con menos frecuencia, claro. Si últimamente me cuesta más salir de mi nido, es porque necesito otras formas de relacionamiento, necesito conocer a otras personas, pero ajenas a mí, ya saben, por cosas de la vida.

Extraño al yo de mi niñez, aunque en esencia es lo mismo. Echo de menos su picardía, su soltura, su inocencia, pero sigo siendo yo. El orden biológico manda: crecí y sigo creciendo. La cuestión es no olvidar nunca eso que fuiste en primera instancia, hay que avanzar, pero junto a esa sombra que siempre te ha acompañado. Sombra, sí, pero buena, esa sombra es tu marcapasos.

Hay que pelear contra nuestros demonios, aunque duela. Repetiré esto por algún tiempo, porque acabaré cediendo y eso me hará bien. Ser quien eres no es tener que quedarse tal cuál para siempre. Tenemos la obligación de ser versátiles. Lucho contra lo que me asusta y llevo más derrotas que otra cosa, lo que interesa es no corromperse. Algún día conseguiremos nuestro propio santo grial, nuestra fuente de eterna juventud. O tal vez, algún día, nos

demos cuenta de que no lo hemos conseguido, pero en retrospectiva veremos que tratamos de superar ese estigma de debilidad del ser humano. Veremos que intentamos, y, que de alguna u otra forma, fuimos felices.

Sonrí sin darme cuenta, alargo el brazo y apago el velador. El alba se acerca y debo descansar.

20

## El papel colorido

*Paola del Pilar Cabrebar Domenech*

Era viernes, pero no cualquier viernes, era el cumpleaños de Ernesto, mi hermano. Estábamos todos en un restaurant, cuando llegaron mis familiares. Pero pasó algo extremadamente raro. Ni uno de ellos llevó un presente para mi hermano. Este suceso hizo despertar mi curiosidad, porque normalmente en los cumpleaños, al menos en los míos, te dan uno que otro obsequio, como pulseras, relojes, ropa, hasta un peluche de felpa. Pero en el de Ernesto nada, y no, su edad no tiene nada que ver, ya que cumplía 20 y a mí me gustaría que me siguieran dando regalos a su edad.

Entonces llegaron mis tíos, y noté algo raro jamás antes visto en un cumpleaños, le pasaron un sobre arrugado y desteñido a Ernesto, ¿será una carta?, entonces me acerqué al Tío Agustín, el cual me respondió:

—Es solo algo que les da felicidad a muchas personas.

¿Felicidad?, ¿un pequeño trozo de papel? ¿De qué te sirve?, yo lo tiraré a la basura si me dieran eso y nunca más les invitaría.

Luego, cuando se acabó la fiesta, le pregunté a Ernesto sobre sus regalos. Me respondió que no recibió ni uno mejor que otro, todos eran iguales, y que con sus regalos él podía comprar lo que quisiese.

Entonces me los mostró, y era decepcionante. Sí, como ya se deben imaginar, era eso, DINERO. Sí, ese papel verde o de colores, que supuestamente tiene un cierto valor y sirve para adquirir bienes o servicios. Me quedé pasmada al ver la cara entusiasmada de mi hermano por ese pedazo de papel colorido. Luego busqué mi Kit de detective y me puse a investigar algo que me resultará un poco difícil descifrar.

¿Por qué las personas se vuelven locas por un pedazo de papel colorido que supuestamente “vale” algo? Cuando me pregunté esto, pensé que era la persona más tonta del mundo, ya que sin el dinero no tendría ropa, comida, educación, salud y lo más importante, mi Kit. Pero algo debe tener ese pedazo de papel para que toda la gente lo necesite.

Entonces, realicé algo que nunca antes, en mis 14 años había realizado, salí a las calles a hacer una encuesta para determinar, qué tiene el DINERO para ser un orgullo para las personas.

Fui a la casa de la Tía Susi, por cierto, ella era la persona indicada para hablar de esto, (al menos eso pensé), ya que ella es dueña de 5 empresas nacionales y 2 internacionales.

Llegué y le pregunté, ¿es muy importante el dinero en tu vida? Ella me respondió que sí, ya que si las personas no compraban sus productos ella nunca hubiera tenido todo lo que posee.

Salí de su casa y me dirigí a la casa de Francesca, una señora que vivía al lado de la mía. Su casa era despampanante, su estilo extravagante, pero su vestimenta sencilla.

Y le pregunté: —¿Para ti, el dinero nos divide?

Y ella aseguró que no, las personas se dividen solas, las que no tienen dinero, es su culpa, porque no trabajan.

Yo no concordaba con su opinión pero le hice otras preguntas y anoté en mi cuaderno.

Luego caminé dos cuadras más y le vi a Topo, era un señor muy amable que vendía caramelos en la calle 23. Le decíamos Topo por sus dientes grandes.

Como él era una persona muy humilde le pregunté:

Si yo te doy 100 gualicapas (moneda de mi país) ¿qué harías con ese dinero?, le aclaré que con ese dinero podía comprarse 20 manzanas, 4 jugos y 7 chocolates.

Y me dijo: —¡Wow! Qué generosa. En realidad si tuviera esa cantidad de gualicapas en mi bolsillo, ahorraría para conseguir más y más y hacerme millonario.

Me quedé pasmada ya que a él también le tenía loco el tema del dinero.

Y luego puse las escenas en su lugar, es cierto, el dinero para muchos es poder, para otras, clases sociales, y para otros, es ahorro. Pero yo a estas personas les hice dos preguntas; la primera cada uno me respondió a su manera pero la segunda no pudo responderme nadie, y era la siguiente:

—¿Nunca pensaron, que el DINERO es algo que les vuelve locos/as a todos, y que es solo un pedazo de papel que tiene color y números y supuestamente “vale” para que puedas adquirir algo o un servicio, pero es algo absurdo si lo piensas bien? Hay cosas más importantes como los valores los cuales no se pierden tan fácilmente.

Así concluye este misterio.

Bueno, en realidad no concluye ya que no hay una respuesta final a esto, sino que continuará...

Como siempre, su detective favorita.

Esmeralda Flint.